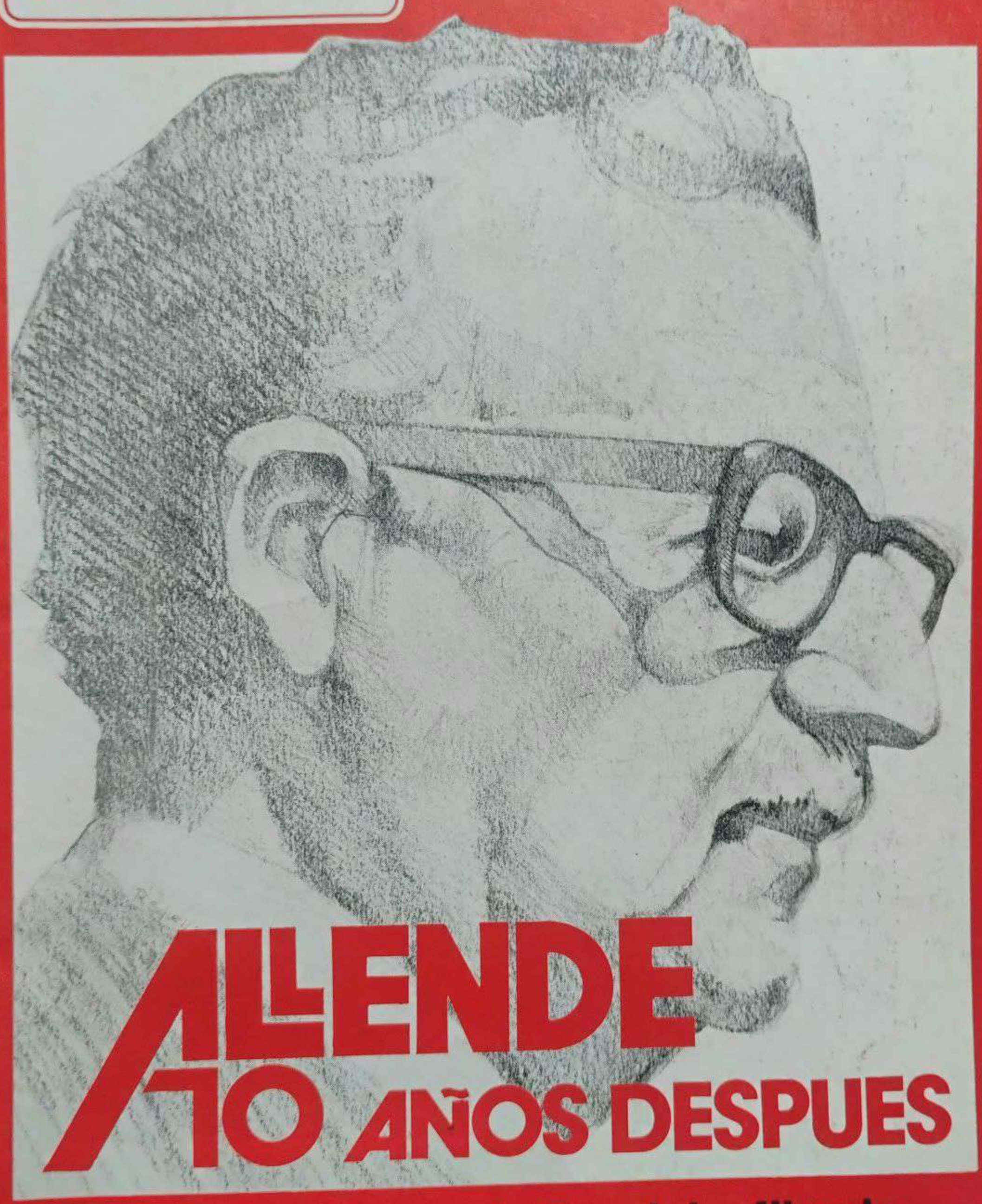
analisis

SEPTIEMBRE 1983 (1)



ALLENDE 10 AÑOS DESPUES

Entrevista a Hortensia Bussi de Allende

Jorge Arrate: La vía allendista al socialismo









El rostro del Presidente ya sin vida. Los últimos en estar con él son detenidos. La Moneda se incendia por efecto del bombardeo aéreo.

PRESENTACION

El 11 de septiembre de 1973 pasará a la historia de Chile por varios conceptos. Ese día desapareció, ahogada en sangre y fuego, la democracia, marcando el comienzo de un régimen de opresión que ha llegado a cumplir diez años en medio del más estrepitoso fracaso y el clamor generalizado para que sea sustituido a la brevedad. Fue también el día en que murió, envuelto en la tragedia y el misterio, Salvador Allende Gossens, Presidente Constitucional de Chile hasta ese instante.

Transcurrida una década, la democracia la está conquistando el pueblo de Chile con su propio sacrificio y el ocaso del régimen impuesto por la fuerza es un hecho cada vez más cercano y evidente. En cambio, la figura del Mandatario fallecido permanente todavía sin ser estudiada en forma amplia y serena.

El 13 de septiembre de 1973, el Episcopado chileno hizo un llamado solemne: "**Pedimos respeto por los caídos en la lucha y, en primer lugar, por el que fue hasta el martes 11 de septiembre, Presidente de la República**". Esta norma, del más elemental espíritu cristiano y propia, por cierto, de seres civilizados, no fue escuchada, sino por el contrario, amplia y, muchas veces, groseramente, pisoteada. La atmósfera que se creó en torno a Salvador Allende, en cuanto personaje ya perteneciente a la historia pasada, fue asfixiante y sin derecho a réplica. De este modo, el país ha conocido, durante todos estos años, virtualmente una sola versión: la de los medios oficialistas. Ella ha consistido en una mezcla de simplificaciones, caricaturas y pequeñeces odiosas, siempre apoyadas por el esquema ideológico dominante. Allende ha sido, así, silenciado, o lo han vinculado exclusivamente a una determinada visión de las cosas. Otras voces han sido acalladas por la represión, la censura o la autocensura.

Se llega de esta manera a un momento, el décimo aniversario de su trágica muerte, en que corresponde hacer un esfuerzo distinto, sencillo, sin grandes pretensiones, que contribuya a la comunicación libre de opiniones e ideas entre todos los chilenos. Hay que dar comienzo a la empresa de romper el cerco impuesto, a fin de ir clarificando, en este debate, lo realmente sucedido y sus verdaderas causas. Esto es lo que se propone ANALISIS.

En tres suplementos sucesivos se publicarán materiales inéditos, al menos en Chile, sobre Salvador Allende y el tiempo en que le tocó vivir. El lector conocerá en ellos distintos enfoques y puntos de vista, debidos a la pluma de Jorge Arrate, Otto Boye, Roberto Celedón, Tomás Moulián, Volodia Teitelboim y otros. Encabezará todo este esfuerzo una larga entrevista hecha en París por ANALISIS a Hortensia Bussi de Allende, primera que se publica en nuestro país. Se reproducirán también algunos párrafos claves de algunos discursos de Allende, así como la transcripción completa de las últimas palabras que dirigió al pueblo chileno el día 11de septiembre de 1973 y que pasarán a la historia como su virtual testamento político.

Se darán a conocer también algunos testimonios sobre Allende dados por políticos chilenos y extranjeros. Por último, se mostrará un material gráfico en el que figuran algunas imágenes aparecidas, hasta ahora, sólo en publicaciones extranjeras. A pesar de su deficiente calidad, destaca entre ellas, por ser la más drámatica de todas, la única foto conocida hasta ahora del cadáver de Salvador Allende. Fue tomada dentro de la Moneda pocos momentos →

después de ser encontrado y llegó por los misteriosos canales a manos de periodistas de la Repúblicas Democrática Alemana, que la dieron a conocer en una publicación especial.

No se trata en estos suplementos de ANALISIS de conmemorar solamente un aniversario trágico para un hombre público y para todo un pueblo, circunscribiendo la reflexión al período 1970–1973. Allende llegó, sin duda, dentro de esos años, a la culminación de su carrera política y también al fin de la misma; pero, mirando su vida desde una perspectiva de conjunto, se hace imprescindible ampliar el horizonte analítico si se quiere comprender su compleja personalidad y todo su significado político. Mientras aún vivía y actuaba hubo muchos observadores que se sintieron perplejos ante este hombre. Régis Debray, por ejemplo, en una entrevista llena de aspectos importantes para el estudio de la persona de Allende, destacaba en su prólogo este aspecto con palabras muy gráficas: "doctor" y "compañero"; masón y marxista; ex–Presidente del Senado de la República y militante socialista sin tacha; de formación burguesa y de convicción revolucionaria; enraizado en la realidad provincial de su país (más todavía que en la capital) e internacionalista consecuente; él es efectivamente como le gusta decirlo, "criollo", chileno hasta la médula. Y si no fuera este condensado de historia chilena, con todos sus contrastes a veces desconcertantes, él no habría estado ciertamente en condiciones de reunir en torno a su nombre la primera mayoría en las elecciones presidenciales y de jugar este rol determinante que es el suyo en la hora presente".

A la visión que tenían muchos en aquel tiempo, se une hoy la perspectiva del tiempo transcurrido. Se aprecia, entonces, que Allende no fue un político improvisado. Ingresó a la arena política luchando contra la dictadura de Ibáñez desde las trincheras universitarias. Conoció la cárcel y la pena de relegación en esta etapa. En 1937 fue elegido diputado por Valparaíso. En 1939 don Pedro Aguirre Cerda lo nombró su Ministro de Salud. Desde 1945 fue senador hasta su designación como Presidente de la República. Siendo candidato a este último cargo en cuatro ocasiones, estuvo muy cerca de haber triunfado la segunda vez, en 1958. Conoció muy bien la función política y a los hombres públicos de su tiempo.

Estos antecedentes justifican el esfuerzo que aquí se emprende. Debiera servir de estímulo para que se desarrollaran muchos más. Lo hecho queda, como siempre, al juicio de los lectores. ANALISIS espera haber cumplido con su deber, que es en este caso, también un deber de conciencia■



HORTENSIA BUSSI DE ALLENDE:

«Sólo la unidad pondrá fin a la dictadura»

Otto Boye

Lleva diez años en el exilio y una pesada carga de sufrimientos sobre sus hombros. Es la viuda del Presidente Allende, ex–Primera Dama de la Nación, activa luchadora antes, durante y después de su paso por la Moneda en la misma perspectiva de su marido, con la salvedad de que hoy no milita en ningún partido. Hortensia Bussi vda. de Allende, conocida más familiarmente como doña Tencha, ha consagrado su vida y todas sus energías a defender la memoria de Salvador Allende Gossens. Ha recorrido el mundo por esta causa que ella siente como un deber intransferible. Es la forma concreta que ha adquirido su amor por Chile y sus ideales de justicia, libertad y paz para su patria.

ANALISIS logró en París convencerla de que se dejara entrevistar para hablarle a los chilenos. Su reticencia tenía fundamentos: "Ya fui entrevistada una vez por otra revista y nada se publicó". Aceptó, finalmente por aproximarse el décimo aniversario de la muerte de Allende y porque confió tener esta vez mejor suerte. La larga conversación que sostuvo con ANALISIS no agotó los temas, pero puso de relieve la rica experiencia de esta mujer de apariencia frágil, pero que irradia firmeza; categórica en sus juicios, a pesar de su tono suave, dulce y a ratos apenas audible; de mirada profunda y bella que enamoró a Allende después de un encuentro absolutamente casual e inesperado; que no oculta las huellas de muchos dolores, entre los que están, además del sufrido el 11 de septiembre de 1973, la trágica pérdida de su hija Beatriz y la de su cuñada Laura, hechos terribles que se habrían evitado si no hubiese existido el exilio. Esta ex–profesora de Historia, que al unir su vida a la de Salvador Allende entró a compartir directamente responsabilidades que hicieron historia, es la voz más autorizada para dar comienzo a recordar la figura del Presidente trágicamente fallecido hace ya diez años.

–¿Qué es lo primero que le nace espontáneamente decirle a los chilenos sobre Salvador Allende?

–Mis primeras palabras a los chilenos, a diez años del derrocamiento de nuestro gobierno y de la pérdida de Salvador Allende, son para decirles que no lo olviden, que lo recuerden y que su recuerdo esté tan vivo como el que existe hoy en el exterior.

–¿Es tan grande el recuerdo fuera de Chile?

–Será porque llevo casi diez años viviendo en el exilio que conozco bien este hecho. El recuerdo es una cosa permanente, constante.

–¿A qué cree Ud. que se debe esto?

–Son varias las razones. En primer lugar, la brutalidad del crimen cometido el 11 de septiembre de 1973, la forma tan brutal en que fue bombardeada la Moneda. Después, la decisión heroica de Salvador de combatir hasta el último momento y ser leal y consecuente con sus principios, no saliendo como un tránsfuga, aceptando un avión, como le ofreció Pinochet a través de Carvajal, para que se fuera de Chile con su familia y sus íntimos colaboradores. El repudio, por último, que recibió en todo el mundo ➡

esta brutalidad. Porque hay otros gobiernos militares en Sudámérica, donde por lo demás está retornando la democracia, pero son diferentes. La gente no tiene allí un recuerdo especial de cómo cayó el gobierno. En cambio, se recuerda muy bien cómo sucedió en Chile.

Todas estas circunstancias han contribuido a que no se olvide la figura de Salvador, su rica personalidad. Y también, diría yo, por la esperanza que representó en el mundo la existencia de una vía chilena al socialismo. Aunque él era marxista–leninista, quería una democracia socialista, una vía al socialismo no por la vía violenta, sino por una vía pluripartidista. Fue muy respetuoso de los partidos, de las leyes. ¡Demasiado respetuoso! Esto significó, repito, una esperanza para mucha gente.

–¿Diría Ud. que él sacrificó su vida precisamente por esos ideales?

–¡Por esos ideales! Es por eso que ha permanecido con mucha fuerza el recuerdo de la caída de nuestro gobierno, de nuestra derrota. Derrota transitoria, porque estoy segura que la democracia va a volver a Chile.

–¿Cómo conoció a Salvador Allende?

–Lo conocí el 25 de enero de 1939 para el terremoto de Chillán. Era de noche y yo estaba con unos amigos en un cine. Salvador –como lo supe muy luego– estaba en una reunión de la masonería. De ahí salió arrancando. El edificio donde estaba era muy viejo y él, además, le tenía pánico a los temblores. El cine también fue evacuado. En plena calle nos encontramos a boca de jarro, chocamos casi. Ahí me lo presentaron y fuimos todos a tomarnos un café a la calle Tenderini, frente al teatro Municipal.

–¿Era parlamentario en ese momento?

–No. Había sido diputado, pero ahora era Ministro de Salud.

–De modo que Ud. chocó con el Ministro de Salud...

–Sí. Y me impresionó bastante. Pero esa noche también discutimos mucho sobre su condición de masón.

–¿Criticándolo?

–Que me perdonen los masones mis opiniones de entonces, pero, en efecto, le dije a Salvador que yo no concebía que fuera masón en el siglo XX, que no imaginaba a un hombre moderno siendo masón. Le dije que, como profesora de historia, comprendía el papel jugado por la masonería en la independencia de toda Latinoamérica, muy decisivo, pero que en ese momento en que estábamos hablando me costaba que alguien fuese todavía masón.

–¿Se defendió de su masivo ataque?

–Sí. Me contó que pesaba mucho la tradición de familia en él. Se sentía orgulloso de sus antepasados y guardaba muy vivo su recuerdo. Esa noche me habló largamente de uno de ellos: don Ramón Allende Padín, figura muy noble que había hecho la campaña de la guerra del Pacífico, donde le había tocado atender como médico hasta al propio Sotomayor. Don Ramón era sumamente generoso. Ganaba muy poco en su profesión, porque la mayor parte lo daba. Si al enfermo le faltaban los remedios, él se los compraba. Si le faltaban frazadas, ofrecía las de su casa. Por eso, cuando murió no dejó nada. Pero como era masón, la masonería compró dos modestas casas: una para que viviera la familia y otra para arrendarla de modo que tuvieran de qué vivir. Salvador me dijo esa vez que él tenía una gratitud muy grande hacia la masonería. No olvidó nunca este hecho.

–¿Se mantuvo activo como masón hasta en los años en que fue Presidente?

–No. Ya mucho antes de ser Presidente iba muy poco a la masonería. Incluso, durante un tiempo dejó de frecuentarla por completo. Pero, en general, seguía viéndose con sus hermanos masones.

–¿Influyó en él quizá la posición negativa de su Partido Socialista hacia la masonería?

–Es verdad que el Partido Socialista lo criticó diciendo que no se podía ser marxista–leninista y masón al mismo tiempo. Pero a esto replicó Salvador: "En mi vida no se meten. Si soy masón, seguiré siéndolo y moriré masón. No pueden obligarme a abandonar la masonería". En esto fue muy categórico. Y su partido, cuando lo vio tan decidido, no hizo más cuestión y lo dejó en su actitud.

–¿Cuáles fueron, a su juicio, las personas que más influyeron en la formación política de Salvador Allende?

–Desde luego, su abuelo, el ya mencionado don Ramón Allende Padín, que también fue político. Fue parlamentario por el Norte Chico. Era radical y le llamaban "el rojo". Como puede ver, sus ideas radicales provocaban en esos años mucho escándalo. Después, Salvador le tenía un inmenso cariño a su madre, doña Laura Gossens Uribe. En verdad, era una persona maravillosa a quien tuve la suerte de conocer y tratar mucho. Era de Los Angeles. Se casó muy joven con el notario Salvador Allende Castro. Influyó mucho, pues tenía gran carácter y sacó a sus hijos adelante. Todos fueron profesionales. Un hermano mayor se graduó de abogado, Salvador de médico y la Laurita estudió leyes, pero no continuó al casarse, pues en esos tiempos las mujeres abandonaban las carreras cuando se casaban.

Debo mencionar también la personalidad de su cuñado Eduardo Grove, casado con su hermana Inés. Grove fue embajador en Canadá y un alcalde de Viña del Mar muy querido. Influyó en la elección de carrera que hizo Salvador.

–A propósito de lo que acaba de decir, ¿nunca consideró Salvador Allende que se había equivocado de carrera?

–Lo pensó muchas veces. Decía que debería haber estudiado leyes para ser abogado, porque poseía un gran sentido jurídico. Pero reconocía que ser médico le había servido mucho, pues le había permitido constatar desde muy joven las tremendas diferencias sociales, la pobreza de tanta gente y la falta de recursos en general.

–¿Contribuyó esto a cristalizar su sensibilidad



Doña Tencha y sus nietos en su departamento en México.

social?

–Sin duda. En él había humanidad, un sentido generoso hacia los seres humanos. No podía tolerar la pobreza, las humillaciones. Sufría cuando veía mendigos. Cuando íbamos al cine y a la salida éstos se acercaban, no dejaba de darles dinero. Todos sabemos que eso no soluciona nada, pero lo hacía lleno de indignación, pensando que existía tanta gente que no tenía qué comer, o que le faltaba techo adecuado bajo el cual vivir.

–¿Fueron estos sentimientos los que lo llevaron a la política?

–Al comienzo hizo las dos cosas: ejerció su profesión y participó en política. Y esto le acarreó problemas. Conoció la persecución desde muy joven. No sólo estuvo preso, sino que cuando se presentaba a un puesto no se lo daban debido a sus ideas. Así, el único puesto que logró conseguir, gracias a que no hubo opositor, fue el de anátomo-patólogo en el Hospital Van Buren de Valparaíso, donde trabajaba su cuñado. Desde muy temprano en su vida empezó a reunirse con sus amigos del Partido Socialista. Eran todos muy modestos. Había panaderos, zapateros, maestros carpinteros, etc. Se conocía muy bien los cerros de Valparaíso, sus necesidades económicas y sociales. Todas estas experiencias lo llevaron a escribir un libro cuando fue Ministro de Salud titulado "La realidad médico–social chilena". Me costó rescatar esta obra –vine a encontrar un ejemplar en Oxford– que ha vuelto a reeditarse en México. Releyéndola uno se da cuenta de que todo lo que plantea allí Salvador, absolutamente todo, es actual en el Chile de hoy, a pesar de que lo publicó en 1940. Allí están considerados problemas como el déficit habitacional, el problema del aborto, la desnutrición del niño chileno; todas las lacras de nuestra sociedad están en ese libro, donde él quiso hacer una especie de balance sobre el estado sanitario del país al asumir como Ministro de Salud.

–¿Cómo continuó su carrera política después de trabajar como Ministro de Salud de don Pedro Aguirre Cerda?

–Después fue Director del Seguro Social en la epoca de Juan Antonio Ríos. Y desde 1945 en adelante fue senador hasta su elección como Presidente en 1970. Entre 1937 y 1939 había sido diputado por Valparaíso. En 1945 fue elegido senador por Chiloé, Aysén y Magallanes. En 1953 lo fue por el Norte Grande, esto es, Tarapacá y Antofagasta. En 1961 triunfó en Valparaíso y Aconcagua después de una de las campañas más duras, porque había candidatos de mucho peso. Entre ellos estaba Radomiro Tomic. Salvador, para salir, tuvo que desplazar a un conservador que todos daban por seguro. Por último, en 1969 volvió a la zona austral, triunfando una vez más.

–Entre medio fue tres veces candidato a la Presidencia de la República, antes de ser elegido en la cuarta oportunidad. ¿Tuvo Allende la obsesión de ser Presidente?

–No. Está muy lejos de haber sido una obsesión personal, ni existían ansias de poder por el poder. El quiso ser Presidente, pero porque quería realizar las transformaciones que necesitaba el país. Quería sacarlo de su sueño letal, que lo hacía avanzar tan lentamente. Recuerde que Eduardo Frei también hizo cosas en este sentido. La reforma agraria, por ejemplo. No nacionalizó el cobre, pero hizo lo que se llamó la chilenización de ese metal. Porque también se daba cuenta, como un político ya más avanzado, que a Chile había que sacarlo de esta especie de letargo en que vivía, donde su principal producto y fuente de divisas, el cobre, lo explotaban las compañías norteamericanas y ni siquiera se refinaba en Chile. Lo que dejaban era así muy poco. Por esto, Salvador no se propuso ser Presidente de Chile por ambición personal, egoísta, buscando el poder por el poder o queriendo disfrutar de él. A él lo movía una auténtica vocación de servicio, como me consta desde que lo conocí.

–Pero al final llegó al poder...

–En la práctica fue un poder muy limitado. Sobre todo, no existió mayoría parlamentaria que apoyara al gobierno y heredamos un Poder Judicial absolutamente atado a una mentalidad clasista de derecha. Por eso, la justicia no ha funcionado nunca bien.

–¿Porqué se expresa con tanta dureza del Poder Judicial?

–Si hay algo de lo que estoy quejosa y crítica es de la forma en que se ha administrado justicia en Chile. Se ha visto cómo ha estado el Poder Judicial al servicio de la dictadura. Por primera vez en estos años veo ahora, en el recién electo Presidente de la Corte Suprema don Rafael Retamal, decir que en Chile no se vive en un pleno Estado de Derecho. ¿Dijo algo Urrutia Manzano? ¿Dijo algo Bórquez? Nada. Permanecieron callados, silenciosos, al servicio del Gobierno Militar. Nunca dieron respuesta a la demanda de esas mujeres que preguntaban por sus hijos detenidos y desaparecidos. Para mí, el Poder Judicial ha sido cómplice de estas atrocidades, capitulando ante el poder de la dictadura. Bajo el gobierno de Salvador, en cambio, hacía grandes as-➡

pavientos de su independencia, criticando públicamente al gobierno. Por eso, cuando le doy vuelta a estas cosas me convenzo cada vez más que era muy difícil gobernar Chile en esas condiciones, sin mayoría en las Cámaras, con Poder Judicial y Contraloría en contra. Nosotros tuvimos apenas una parte del poder.

–Pero este poder relativo, ¿no habría podido superarse a través de un acuerdo político con la Democracia Cristiana?

–¡Con un sector de la DC! Había otro sector bien reaccionario, que después estuvo de acuerdo con el golpe y que no quiso nunca un acuerdo político como el que Ud. señala. Yo hago esta distinción, entre un sector progresista de la DC y otro que hasta el día de hoy me merece muchas reservas.

–Ud. acompañó a Salvador Allende en todas sus campañas. ¿Puede recordar algunos hechos de las más importantes, esto es, de las presidenciales?

–Son muy diferentes cada una de las campañas. En 1952 podemos decir que sólo fue seguido por un puñado de chilenos. Obtuvo, si la memoria no me engaña, cerca de 52.000 votos. Pero él quería impedir de alguna manera la llegada de Carlos Ibáñez del Campo a la Presidencia de la República. Tenía temor, pues había sido un dictador antes; desconfiaba que ahora pudiese ser un Presidente demócrata. Apoyado por el Partido Socialista hizo, entonces, esta campaña. La llevó adelante con gran entusiasmo y sacrificio, con poquísimos medios. Recuerdo un desfile en la Alameda: tuvimos que ponernos en fila, bien distantes los unos de los otros, para que se notara que éramos muchos, cuando en realidad éramos muy pocos los que íbamos detrás de esas banderas.

–¿Y la campaña presidencial de 1958?

–¡Ah! ¡Esa fue arrolladora! Nunca estuvo Salvador más cerca de ser Presidente que en 1958. No lo logró sólo porque la derecha contrató –se podría decir que compró– al cura de Catapilco, un personaje que no aportaba nada, ni como cura ni como político, pero que le quitó a Salvador exactamente los votos que le faltaron para ganarle a Alessandri. De esta campaña guardo dos recuerdos: uno, el cariño con que la gente lo recibía; el otro, la memoria de Salvador para acordarse de la gente, y hasta de pequeños detalles, nombres, hechos, relaciones familiares, etc. No era sólo algo formal, sino que le preocupaba cada persona que iba conociendo.

–Pero no podía resolver los problemas de cada uno...

–Dentro de sus posibilidades ayudó a mucha gente, sobre todo cuando fue senador. Además, de ahí, del contacto directo con los problemas, surgieron muchas de las leyes que él propició, como la atención a la madre y al niño. El siempre veía que la mujer era la que llevaba el peso del hogar, que muchas veces era abandonada por el hombre, dejándola desamparada a cargo de la educación y el cuidado de los hijos. Estas cosas golpearon siempre mucho a Salvador.

–¿Y cómo recibía las derrotas electorales?

–Yo lo admiraba, porque lo encontraba de una fortaleza increíble. Mientras todos estábamos derrumbados, salvo el 52 donde nadie se hizo la ilusión de triunfar, Salvador conservaba una completa serenidad. Decía que en todas estas campañas él enseñaba a la gente, como quien va sembrando una semilla. A su juicio, la gente tenía que llegar a entender los grandes problemas de Chile.

–¿Recurría al humor para darse ánimo?

–En realidad, tenía mucho sentido del humor, hacía chistes. Siempre decía que en su tumba iban a poner: "Aquí yace Salvador Allende, futuro Presidente de Chile"... Era un hombre de rica personalidad y este aspecto ocupaba un lugar muy importante en ella. Tenía mucha agudeza, inteligencia y sabía salir del paso con una broma. Nunca lo vi derrumbado. Nunca lo vi lo que se llama derrotado. Recuerdo que para la campaña del 64 llegó un grupo muy grande de pobladoras al día siguiente de la elección, el 5 de septiembre, a vernos a nuestra residencia de Guardia Vieja. Lloraban por la derrota. Venía acaloradas, habían caminado mucho. Se quedaron en el jardín, porque la casa era muy pequeña, y se manguereaban para refrescarse. Pidieron hablar con Salvador. El salió a saludarlas y tuvo que consolarlas. "No, compañeras", les dijo, "no tengan esta actitud. He sido derrotado por fuerzas más poderosas, pero a la postre vamos a lograr nuestros objetivos. Chile va a llegar a las metas que estamos proponiendo". Así reaccionaba frente a las derrotas, porque sabía que había muchas diferencias entre las candidaturas. ¡Caramba que es distinto ser derrotado cuando se disponía de tan pocos medios! Y todo salía del pueblo mismo a través de colectas, fiestas, kermesses y todo tipo de iniciativas que la imaginación de la gente creaba. Y siempre había déficit y había que seguir pagando por largo tiempo las deudas contraídas durante estas campañas. Todo esto lo tengo muy presente.

–¿Cómo eran las relaciones de Salvador Allende con los dirigentes políticos de todos los partidos?

–Salvador siempre tuvo muy buenas relaciones personales con los políticos de las distintas tendencias y se ganó un prestigio. Estoy segura que incluso gente de derecha como Francisco Bulnes, Hugo Zepeda, Armando Jaramillo u otro –¡Ya van quedando pocos que fueron compañeros de Salvador en el Senado!– tienen, si son personas honestas, que guardar buenos recuerdos de sus contactos con él. Porque Salvador no tuvo rencores u odios personales.

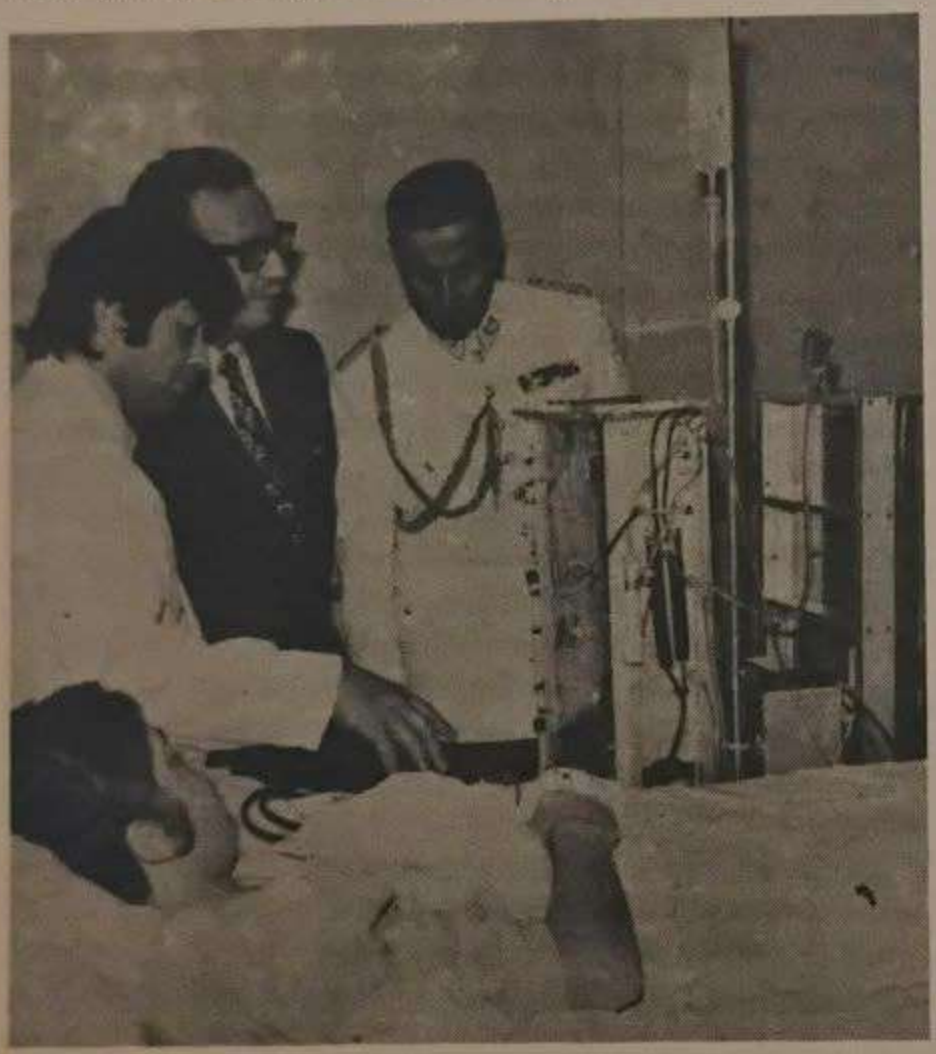
–Allende recibió muchos ataques en su vida...

–Muchos, en efecto.

–¿Lo amargaban?

–Rabiaba mucho menos que yo. No me voy a olvidar nunca de un ataque del "Clarín" cuando él era Presidente del Senado. Acababan de llegar de Bolivia unos pocos hombres que habían estado con Ché Guevara y que habían logrado escapar con vida al cerco militar. Se suscitó el problema de cómo sa-

carlos de nuestro país sin que corrieran nuevos peligros. Salvador pasó toda la noche en vela dándole vueltas al asunto y buscando una solución. Quedó feliz cuando se le ocurrió una manera de hacerlo. Me dijo: "No los puedo sacar por Argentina, porque con el gobierno militar que hay es muy riesgoso para ellos. Por Brasil menos. Tampoco es seguro Uruguay. Sólo es posible hacerlo por Tahiti vía Isla de Pascua". Y así se hizo. El, en su calidad de Presidente del Senado, los acompañó. Creo que nunca la prensa, ni de derecha ni de izquierda, entendió este gesto humano de Salvador. Nunca sufrió ataques más duros. A mi me indignaba cuando abría los diarios y leía lo que se decía. Afirmaban que había puesto el prestigio del Senado por los suelos, que había que destituirlo por meterse con guerrilleros. Esto era lo más suave que le dijeron en esa ocasión.



Allende como médico y como político tuvo siempre mucha sensibilidad por la salud. Como Presidente en una visita a un hospital acompañado por su edecán, el actual General Badiola.

—¿Cómo reaccionó él?

—Se rió bastante e hizo bromas.

—Volvió el humor...

—Era su manera de enfrentar estas situaciones. A él le gustaba, por ejemplo, andar bien vestido y por eso le pusieron "el pije Allende" . Le sacaban en cara sus colecciones de corbatas, ternos, camisas, chaquetas sports. Cuando le adjudicaban un número determinado de estas prendas él decía: "Se equivocaron. Tengo muchas más". Le dijeron muchas cosas que eran absolutamente falsas, como acusarlo de bebedor y jugador. No fue ni lo uno ni lo otro. Pero él tomaba todo esto con humor.

—¿Hizo alguna broma que merezca recordarse?

—Hay una que le hizo a Eduardo Frei que recuerdo muy bien. Tanto él como nosotros nos veíamos mucho en Algarrobo, donde teníamos casa. Fue para la campaña de 1958. Salvador me dijo: "Voy a hacerle una broma a Eduardo. Sé que está muy nervioso y tenso, porque en unos días más tiene concentración en el teatro Caupolicán y no está muy seguro de llenarlo". Lo llamó entonces por teléfono, tapando el fono con un pañuelo. Se apretó también las narices. En fin, hizo todo lo necesario para cambiar la voz y se hizo pasar por Venturino, el dueño del Caupolicán. Frei no reconoció a Salvador, quien empezó planteándole que tenía un gran retrato de él y que no sabía cómo ponerlo: si de frente o de perfil. Frei estaba muy desconcertado y le decía: "No sé, no sé, decida Ud. como le parezca mejor". Salvador continuaba: "Es que si lo pongo de perfil, Ud. sabe el problema, con esa nariz..." ¡Bueno! Durante un buen rato mantuvo la conversación, hasta que no pudo más y soltó la carcajada.

—¿Cómo reaccionó Frei?

—Le dijo: "Te lo agradezco, porque estaba muy tenso y me has hecho reir". Salvador le replicó que en verdad lo llamaba para desearle buena suerte. Esto lo retrata, a mi juicio, de cuerpo entero, pues tendía la mano a sus amigos, más allá de las diferencias que existieran.

—Con seguridad, no todo era buen humor. ¿Cuándo se enojaba y lo hacía sentir? ¿Cuándo era estricto y enérgico?

—Cuando le mentían, cuando lo engañaban. Cuando él pedía algo con urgencia y no respetaban las fechas que le habían prometido. Ahí se enojaba. No podía tolerar la ineficiencia. Tampoco la deshonestidad. Recuerde que decía que en su gobierno se pondían meter los pies, pero no las manos. Salvador se enojaba, entonces, cuando había deshonestidad, cuando no le entendían el apremio con que había que hacer las cosas, cuando se le cruzaban en el camino trabas burocráticas absurdas que demoraban las cosas. Las tardanzas lo ponían frenético, porque él quería ir mucho más rápido.

—¿Qué papel jugó en la vida política de Salvador Allende la búsqueda de la unidad de las fuerzas de izquierda?

—Yo creo que Salvador fue el campeón de la unidad. El ayudó a formar lo que se llamó el Frente de Acción Popular (FRAP) y después una coalición más amplia, la Unidad Popular (UP). Siempre trató de limar las asperezas y que desaparecieran las diferencias por un propósito más elevado, por una meta más rica. Muchas veces esto no fue entendido. El era como un artífice, que muchas veces tenía que estar, como quien dice, "zurciendo", recomponiendo, la unidad cuando se producían algunos quiebres.

—¿Cómo reaccionaba Allende cuando se producían discrepancias entre los partidos que lo apoyaban, ya sea en reuniones formales delante de él, o en otras circunstancias?

—Yo no tuve mucho acceso a esas situaciones, pues Ud. sabe que las mujeres en Chile no participan en todo lo que hace el marido. Además, yo tenía bastante trabajo, distinto del de Salvador, que no➡

podía eludir. De modo que me perdía muchos de los hechos que Ud. señala. Por otra parte, Salvador nunca comentaba estas cosas en la mesa, ni se refería a los malos ratos que pasaba. Se guardaba estos problemas, se podría decir que se los tragaba. En cualquier caso, puedo asegurarle que reaccionaba buscando superar la discrepancia y que se impacientaba cuando el acuerdo tardaba mucho en salir.

–¿Cómo fueron las relaciones de Allende, socialista, marxista y masón, con la Iglesia Católica?

–En nuestro gobierno las relaciones con la Iglesia fueron muy cordiales, especialmente entre Salvador y el Cardenal. Se respetaban mutuamente. También se hacían bromas. Nunca hubo un conflicto grave, porque, cuando se desató la campaña contra el proyecto de Escuela Nacional Unificada (ENU), el gobierno lo retiró para discutirlo más tranquilamente. Tal vez no era el momento oportuno, tal vez fue una precipitación del gobierno presentarlo en ese entonces. Puede haber habido algo de eso. Pero nunca tuvimos crisis con la Iglesia como las que se han producido después. Jamás hubo tensiones semejantes, ni esas humillaciones inferidas a la Iglesia y al propio Cardenal, como una de las últimas, en que le negaron espacio en la TV de la U. Católica para defenderse de los ataques. Esos vergonzosos episodios jamás sucedieron bajo nuestro gobierno.

–¿Ud. tiene entonces una opinión positiva de la conducta de la Iglesia Católica frente al gobierno de Allende?

–No sólo eso. No quisiera dejar pasar esta ocasión para destacar el rol importantísimo que ha jugado la Iglesia Católica en todo este último período. Ha sido la fuerza más importante bajo el régimen militar en la defensa de los derechos humanos, en la denuncia de las injusticias, en la presentación de recursos de amparo, en el descubrimiento de cementerios clandestinos donde aparecieron, como en Lonquén, cadáveres de algunas personas que figuraban en las listas de detenidos–desaparecidos. El hecho de que muchos sacerdotes vivan en las poblaciones y conozcan las necesidades de la gente es muy importante. Por eso, en todas las tribunas que me ha tocado ocupar, siempre he celebrado la actitud de la Iglesia Católica chilena, muy progresista y de acuerdo con las necesidades de la población.

–Hablemos de las relaciones internacionales. ¿Tiene Ud. algunos recuerdos personales de la actuación de Salvador Allende en este campo?

–Por supuesto. Son muchas las cosas que se me vienen a la mente. Desde luego, el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Cuba y otros países socialistas, ampliando los contactos de Chile con el mundo. Mejoraron mucho las relaciones con Argentina. Salvador llegó a acuerdos con Lanusse, con quién llegó a entenderse humanamente muy bien. También quiso solucionar el problema de la salida al mar con Bolivia y estuvo en conversaciones con el general Torres hasta que lo derrocaron. También mejoraron las relaciones con Perú.

–¿Recuerda hechos destacados sucedidos durante los viajes al exterior de Salvador Allende?

–Del primer viaje, a Salta, recuerdo la gran coardialidad en el trato que alcanzaron las relaciones entre Lanusse y Salvador. En un momento de ese encuentro, Salvador le prohibió "como médico" a Lanusse que estuviera de pie en una ceremonia de condecoración, pues sufría de cálculo a los riñones y se encontraba en ese mismo momento lívido sufriendo los dolores. Lanusse retribuyó poco tiempo después nuestra visita, viajando a Antofagasta, la ciudad hermana de Salta. Lo único que siempre lamentaron fue la brevedad de estos encuentros. Les habría gustado estar más tiempo juntos. Lanusse fue un general muy recto, que le devolvió la democracia a su país y con eso se engrandeció. El siguiente viaje fue a Perú, Colombia y Ecuador, países del Pacto Andino que Salvador apoyó con gran decisión. El jamás habría retirado a Chile de ese acuerdo regional y para reafirmar esa voluntad hizo ese viaje. Salvador procuró mantener todos los vínculos internacionales abiertos, evitando todo aislamiento del país, que, en lo geográfico, es como una isla, pero, en lo político, no tiene por qué serlo.

–A propósito, por contraste, el actual gobierno ha sufrido un visible aislamiento internacional. ¿A que cree Ud. que se debe esto?

–¡Cómo no va a estar aislado internacionalmente con todas las brutalidades que se cometen! Para mencionarle sólo un caso reciente, ahí tiene esos allanamientos después de la primera protesta, efectuados al amanecer, en poblaciones con varios miles de personas, haciéndolos alinearse, humillándolos, abusando de personas que no tienen trabajo. ¿No se podía haber evitado todo eso? Pero no: había que amedrentar a la población, humillar la dignidad del poblador, del chileno que ya de por sí está sufriendo mucho, con todo el peso de la cesantía y de las crecientes diferencias sociales. Por eso reaccionó el obispo auxiliar, monseñor Camilo Vial, criticando estas medidas de violencia innecesaria. Fue-



En sus continuas giras por el mundo, con el secretario del Partido Socialista francés.



En Tomás Moro, una de las últimas fotos con Allende y los nietos.

ra de Chile el hecho también fue criticado justamente, motivando una protesta de Canadá y las duras palabras del Ministro de Relaciones Exteriores de Francia diciendo que Pinochet era una maldición para su pueblo. Estos actos merecen repulsa. Si Pinochet leyera la prensa internacional se daría cuenta de que la opinión mundial está en su contra.

–Pero él culpa al comunismo internacional de eso...

–Ya nadie cree que la protesta tan masiva esté dirigida y financiada desde afuera. Es el descontento de la gente el que hace que, por primera vez en estos diez años, se vuelque masivamente a protestar, pierda el miedo, salga a la calle. Y esto sucede más allá de las diferencias sociales, porque se protesta en todos los barrios de Santiago, pobres, acomodados y ricos. La gente quiere paz, pero con trabajo y pan.

–Hubo un viaje que se llevó a cabo en medio de mucha tensión, poco tiempo después de terminado el paro de los camioneros de octubre de 1972. Quedó el general Carlos Prats como Vice–Presidente de la República. ¿Partió tenso Allende, preocupado por la situación chilena, o estaba tranquilo, porque estaba Prats reemplazándolo?

–Partió muy tranquilo. No estaba en absoluto inquieto, porque tenía plena confianza en Carlos Prats. Y fue una magnífica gira, intensa y muy breve, pues Salvador no quiso recurrir al Congreso para disponer de más tiempo y debió limitar el viaje a los 15 días que permitía la Constitución para que el Presidente se ausentase del país sin tener que pedir autorización parlamentaria. Estuvimos en México, Estados Unidos, Argelia y la Unión Soviética, más una escala técnica en Marruecos. Y todo esto lo hicimos en 14 días. Todo un récord. De esta gira guardo recuerdos imborrables. El gran recibimiento del pueblo de México, que fue increíble, por un lado, y la acogida que tuvo el discurso de Salvador en las Naciones Unidas, por el otro. En México la gente se volcó a las calles y no nos dejaba avanzar. Nos demoramos varias horas desde el aeropuerto hasta la residencia, llegando a la meta de noche. En las Naciones Unidas, cuando terminó de hablar, esa gran sala de la Asamblea General, repleta, como electrizada se puso de pie y lo ovacionó largamente. Recuerdo que entre los asistentes estaba Gabriel Valdés. En realidad, todos los recibimientos en esta gira fueron magníficos. También en Argelia, e incluso, a pesar del frío invernal, en la Unión Soviética, donde con nevazón intensa mucha gente acudió a saludarnos y se instaló a lo largo del camino desde el aeropuerto a la ciudad de Moscú.

–Ud. escuchó cientos de discursos de Salvador Allende. ¿Hay algunos que se la hayan quedado grabados en forma especial?

–Hay muchos. Le menciono sólo algunos. Uno de los más emocionantes que recuerdo fue el pronunciado desde los balcones de la FECH, en la Alameda, el 4 de septiembre de 1970, cerca de la medianoche. Tuvo que hablar con un megáfono, porque nada estaba preparado. Yo veía a su lado ➡

cómo se le hinchaban las venas del cuello al hablar más fuerte para que todos lo pudieran oir. Ese discurso, al igual que el dicho al día siguiente de asumir como Presidente en el Estadio Nacional, son extraordinarios. Ya le mencioné el de Naciones Unidas. En ese viaje, en Guadalajara, pronunció uno que también le resultó excelente. Iba a hablarle a los universitarios y momentos antes le confesó al Presidente Echeverría que tenía la mente en blanco y no sabía de qué iba a hablar. Echeverría le sugirió que se refiriese a su juventud universitaria. ¡Y Salvador lo hizo magistralmente!

—¿Recuerda el contenido de este último?

—En base a este discurso se han hecho documentales para el cine y la TV en México. Hay discos. ¡Cómo no voy a recordarlo! Permanentemente los medios de comunicación vuelven a reproducirlo. En él Salvador relató cómo, siendo estudiante, había pertenecido al grupo Avance. Esto sucedía por los años 1930 y 1931. Contó que había sido expulsado de él por discrepar con su programa, que contemplaba —¡en esa época!— ir a la creación de soviets de campesinos, obreros y soldados. ¡Se da cuenta! Esto era la expresión de esas cosas tan teóricas de los jóvenes, tan ajenas a la realidad. Proponían algo absolutamente imposible. Salvador expresó su opinión y fue expulsado. Recordó que de ese grupo quedaban sólo tres hombres que seguían siendo izquierdistas, que todos los demás habían traicionado esos ideales. Subrayó con ésto cómo costaba en la vida mantenerse fiel a las ideas que se tenían. Habló de la necesidad de ser buenos estudiantes, buenos técnicos y profesionales. Les dijo a los universitarios mexicanos que eso era mucho más importante que andar trayendo un libro de Marx debajo del brazo, donde sólo la axila tomaba nota de él, sin llegar jamás a la mente. Fue muy duro en esto. Sin embargo, el público, toda gente joven, poniéndose de pié lo aplaudió con gran entusiasmo y cariño.

—Están por cumplirse diez años del derrocamiento de Salvador Allende y el hecho sigue rodeado de lagunas informativas. ¿Cuál es su visión al respecto?

—Los grandes responsables del golpe son Nixon y Kissinger. Van a aparecer siempre frente a la historia así. Y esto no lo digo yo, sino el informe Church del Senado norteamericano, periodistas muy serios que han investigado esto y algunos libros que se han escrito y que aportan muchos antecedentes. Incluso, si uno lee las memorias de Kissinger, comprueba que a él le molestó mucho la elección de Salvador y que él reconoce su decisión de impedirle al pueblo de Chile darse el gobierno que quería en ese momento. Kissinger despreciaba a América Latina. Eso lo demostró en 1969, cuando con gran visión, Gabriel Valdés, siendo Ministro de Relaciones Exteriores, viajó a Estados Unidos a representar ante Nixon a todos los países latinoamericanos para exponerle el Consenso alcanzado en la Reunión de Cancilleres realizada en Viña del Mar. Allí tuvieron un áspero diálogo en que Kissinger le dijo que la historia pasaba por Washington, Moscú, Bonn y Tokio, pero no por América Latina. ¡Y que nunca pasaría en el futuro!

—No obstante lo que Ud. dice, el Congreso Nacional eligió a Salvador Allende, frustrando las intenciones de Kissinger...

—Sí. Indudable. Y eso sucedió gracias al apoyo de los demócratas cristianos. Pero los norteamericanos presionaron para que no pasara esto, pues ellos querían que se eligiera a Alessandri. Y presionaron en ese sentido.

—Pero eso no les resultó...

—Claro. Por eso empezaron a urdir otros caminos que apuntaban, en definitiva, a un golpe de Estado. Y así mataron a Schneider, un general constitucionalista que estaba decidido a reconocer el veredicto popular.

—Lo sucedió Prats, que también era constitucionalista...

—Por eso mismo corrió, a la larga, la misma suerte que Schneider. Prats llegó a comprometerse mucho. Al comienzo no lo estaba tanto, pero, a medida que transcurrió el gobierno, que fue Ministro, Vice-Presidente de la República y conoció también más de cerca a Salvador, se convirtió en un leal colaborador y se fue comprometiendo. Esto lo sabía perfectamente Pinochet. Acuérdese Ud. la manifestación frente a la casa de Prats o la provocación de la avenida Costanera. Todo eso se hizo para desprestigiarlo. Y después, recién realizado el golpe, cuando se corrió el rumor de que él avanzaba con el Buin y otros destacamentos sobre Santiago para tomarse el gobierno, todos sabemos que fue presentado a la TV con las manos esposadas, ocultas debajo de la mesa, demacrado, con ojeras y que le habría costado la vida si no hubiera hecho la declaración que hizo, en donde nadie podía entender que no diese una opinión desfavorable al golpe y que reconociese a la Junta Militar. Después de esa declaración lo sacaron hacia Argentina. Y Ud. ve que poco tiempo después empezaron las amenazas hasta que lo mataron.

—Pero aún se investiga esto...

—Está pedida la extradición de Townley. Me alegraría mucho que la concedieran, porque por ahí se esclarecerían muchas cosas.

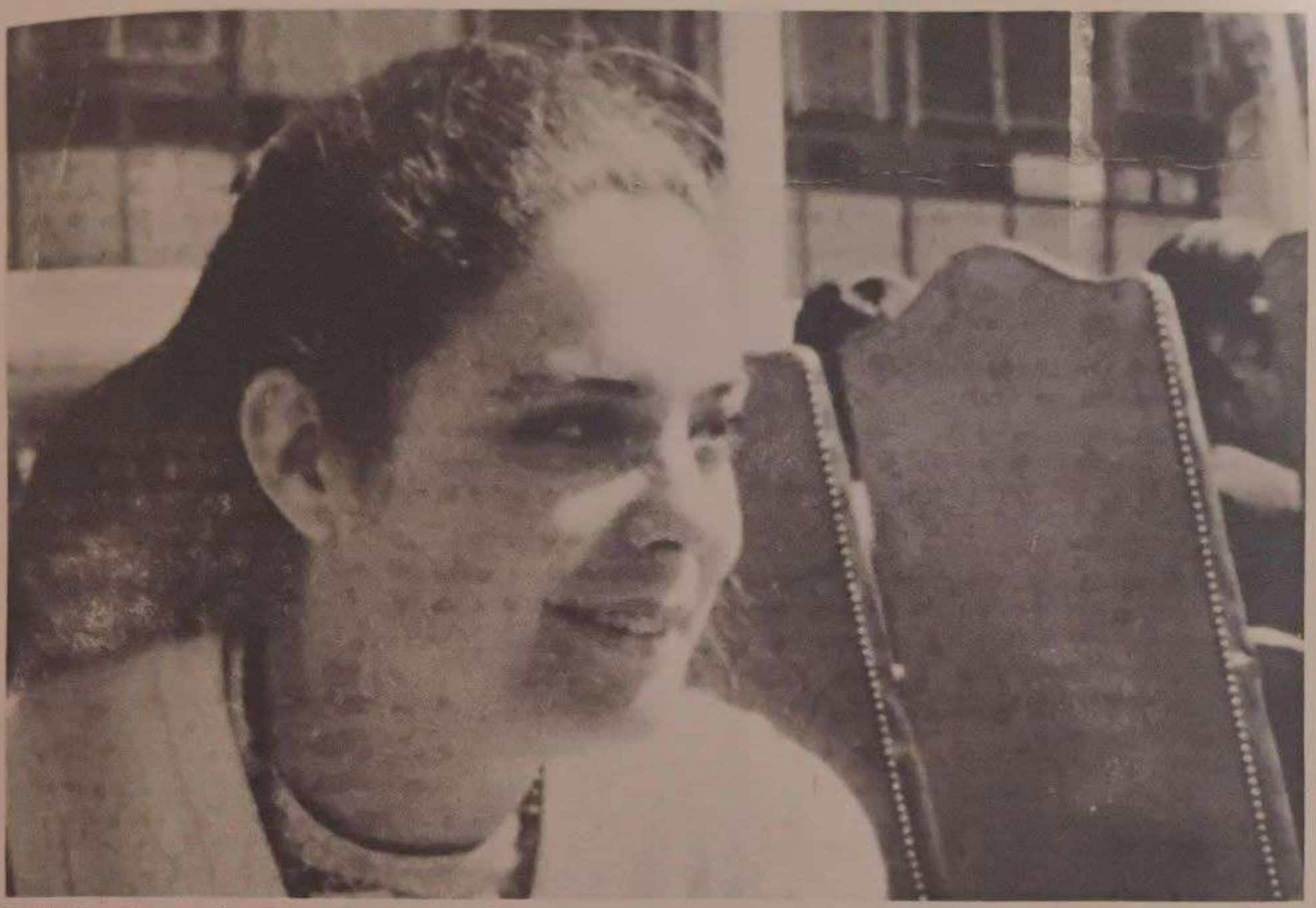
—Es probable que los italianos hagan pronto lo mismo para aclarar definitivamente el intento de matar a Bernardo Leighton y a su señora...

—Bueno, ya también está casi todo al descubierto y se sabe que todo esto se hizo con participación de la DINA. Townley no actuó solo. El era unicamente el brazo ejecutor de un aparato más poderoso.

—¿Y en el caso de Orlando Letelier?

—Es la misma cosa y ahí sabemos mucho más. Cuando vieron que tenía gran influencia fuera de Chile —incluso les atajó un crédito en Holanda— urden toda una maquinación en que participan Contreras, Espinoza, Fernández Larios y Townley y acaban con su vida.

—Salvador Allende murió trágicamente en la Moneda. ¿Cómo fueron sus últimos días?



Su hija Beatriz no pudo resignarse nunca a la pérdida de su padre.

–Alcancé a llegar a Chile 36 horas antes del golpe, el 9 de septiembre en la tarde. Era un domingo. Había viajado a México con mi hija Isabel y con el edecán aéreo para llevar una ayuda debido a una catástrofe. Antes de partir las cosas se veían muy mal. Se husmeaba el golpe. No se sabía la fecha, pero se sentía su proximidad. Yo me resistía, por esto, a viajar, pero Salvador insistió, argumentando que el Presidente Echeverría había enviado a su esposa para el terremoto que afectó a Aconcagua, Quillota, Valparaíso, La Calera –que había sido el epicentro–, trayendo inmediatamente apoyo moral y ayuda material y que ahora nosotros debíamos tener un gesto parecido. Fui. Al retornar Salvador me esperaba en el aeropuerto. Lo noté muy tenso, irritable hasta en detalles. Por ejemplo, yo tomé a mi nieto mayor y lo subí al auto, que era bastante pequeño. El me dijo entonces que íbamos a ir incómodos. Yo insistí y lo senté simplemente en mi falda. Pero su irritación tenía otras causas. Estaba tenso por la situación que se vivía.

–¿Tenía claro que podía morir?

–Lo dijo más de una vez: "A mí me van a sacar en pijama de madera de la Moneda, pero no voy a claudicar, ni voy a salir arrancando del país en un avión".

–¿Qué hizo el lunes 10 de septiembre?

–Ese día invité a los periodistas para contarles de mi viaje. Lo dicho por mí no alcanzó a publicarse al día siguiente en los diarios, porque ya fue el golpe.

–¿Y después?

–Antes de comer, lo invité a probarse unas chaquetas de sport, como para primavera, que nos había encargado. Fue al baño, se las puso y le quedaron perfectas. Aquí me dijo una frase, mientras se miraba al espejo, que nunca olvidaré: "¡A ver si éstos me dejan usarlas!"

–¿Qué le contestó Ud.?

–Mi comentario fue, en realidad, una pregunta: "¿Tan mal están las cosas, Salvador?" No me espondió. Guardó silencio. Hasta el final no quiso revelarme toda la gravedad de lo que sucedía.

–¿Qué pasó en la comida?

–Comimos juntos un grupo chico. Estábamos Salvador, Isabel, Carlos Briones, Orlando Letelier, Augusto Olivares, Juan Enrique Garcés y yo. Creo que nadie más. Salvador estuvo muy callado, pero repentinamente dio un golpe sobre la mesa y dijo: "¡Voy a llamar a plebiscito! ¡Que sea el pueblo el que decida si quiere que yo me vaya". Ud. tiene que recordar cuán abrumadora había sido la campaña de todos los sectores de oposición poniendo en duda la legitimidad del gobierno. Por eso repitió: "Va a ser el pueblo el que diga si debo irme o no".

–¿Qué hizo después?

–Se quedó trabajando hasta muy tarde en su escritorio con Augusto Olivares y Juan Enrique Gar-



Hortensia Bussi en La Moneda como Primera Dama de la nación.

cés. Yo me fui a acostar porque estaba muy cansada.

–¿Pudo dormir Allende esa noche?

–Esa noche durmió poquísimo, porque ya muy temprano fue despertado para transmitirle las noticias que empezaban a llegar.

–¿Qué fue lo primero que le comunicaron?

–Le informaron claramente de que había un levantamiento en Valparaíso, adonde habían regresado los barcos abandonando la engañosa operación UNITAS, pues todo estaba planificado.

–¿Lo vió Ud. esa mañana?

–No, la última vez que lo ví fue en la comida, cuando anunció el plebiscito. Ahí pude ver su energía, cuando, en medio de una situación tan polarizada, él tomó la decisión de apelar al pueblo mediante un plebiscito, no postergando más la solución de las cosas. Esa es la vez en que lo he visto más tenso en su vida. ¿Quién iba a pensar que esa iba a ser la última vez que lo viera?

–¿No hubo al menos un contacto telefónico al día siguiente?

–Eso sí. Apenas le fue posible me llamó.

–¿Le ocultó todavía la gravedad de lo que sucedía?

–No, me contó todo, pero tratando siempre de darme tranquilidad. Me dijo que me quedara en Tomás Moro y que llamara a nuestras hijas para que se fueran con los nietos para allá. En esto se equivocó, pues Tomás Moro también fue bombardeado. Mis hijas, en cambio, no. Cuando logramos hablar por teléfono, me expresaron que no era lo más seguro ir a Tomás Moro. A mí me tocó vivir sola el bombardeo.

–¿Qué otra información le dio Allende por teléfono?

–Bueno, ahí me dijo que Valparaíso estaba tomado. Pero que todavía tenía esperanzas de que por lo menos las fuerzas de Carabineros permanecieran leales...

–¿Eso fue todo?

–Si. El todavía confiaba. Lo que vino después lo conoce todo el mundo.

–La Moneda fue bombardeada. La residencia de Tomás Moro también. Muere Allende. El gobierno cae. Ud. y su familia parten muy pronto al exilio. Son muchas cosas juntas. Aparte del dolor y del recuerdo de Salvador Allende y de tantas jornadas históricas vividas juntos, ¿qué cosas le impresionan hasta ahora de ese tiempo inmediatamente posterior al golpe?

–Me cuesta mucho entender el odio desatado en Chile. Nunca se había llegado al grado de odio que surgió después del golpe. Particularmente, ¡cómo se especializaron en señalarlo como el gran vividor y hablaron de los lujos de Tomás Moro!

–¿Por qué se adquirió esa casa?

–La Moneda no era adecuada para vivir. Y nuestra casa en Guardia Vieja era muy estrecha. La residencia de Tomás Moro fue comprada para que le sirviera a todos los Presidentes. Todo quedó perfectamente registrado en la Contraloría. Allí quedaron muchos recuerdos personales nuestros.

–¿Qué cosas, por ejemplo?

–Desde luego, toda nuestra colección de obras de pintores, muchos de ellos famosos, nacionales y extranjeros. Nuestra biblioteca. Nuestros objetos de arte, que habíamos ido adquiriendo en los viajes, etc. Todo eso parece perdido.

–¿Me quiere decir que no le han devuelto nada hasta ahora?

–Nada me ha sido devuelto. Nunca he recibido nada. Ni siquiera los modestos álbumes familiares. Y se nota que los tienen, pues varias veces se han publicado fotos que sólo estaban allí. Cuando murió nuestra hija Beatriz, por ejemplo, sucedió esto. Tampoco las condecoraciones, ni las cosas más personales, como la ropa de Salvador y la ropa mía. Yo tuve que salir de Chile con lo puesto. Ante esto, como comprende, habría que preguntar ¿quiénes hablan de robo? ¿Quién ha robado, me pregunto? Nos presentaron como de gran fortuna y que vivíamos con gran lujo en Tomás Moro. Llegaron a hablar de aspectos que me dolieron mucho.

–¿Cómo cuáles?

–Nosotros teníamos una gran colección de huacos. Fueron presentados, en su ignorancia, como objetos pornográficos. No conocer que los huacos constituyen una expresión muy curiosa de viejas culturas peruanas y, en general, del altiplano, demuestra una ignorancia muy grande. ¡Quizá en poder de quién estará todo eso! Sería interesante saberlo. A Salvador lo presentaban también como estando al fin de sus días, agotado, enfermo. Eso no era así. Estaba vigoroso, con fuerzas, con salud. Estaba muy lejos de estar en decadencia y mucho menos necesitado de talismanes, objetos mágicos o pornográficos. Siempre me he preguntado que habrá sido de esa colección de huacos tan valiosa que teníamos, que fuimos formando a través de los años gracias, en una medida importante, a amigos peruanos que sabían de nuestro interés. Teníamos piezas peruanas, bolivianas y también algunas diaguitas.

–¿Y todo eso estaba en Tomás Moro?

–Todo esto lo habíamos trasladado desde nuestra casa en Guardia Vieja a Tomás Moro, porque nunca pensamos en ese final tan brutal.

–¿Y le gustaría saber lo sucedido con esas cosas?

–Mucho me gustaría. Muchos cuadros tienen incluso una dedicatoria de su autor en el reverso. Yo los reconocería en el acto si los viera en alguna parte.

–Mirando las cosas en perspectiva, después de diez años de la muerte de Salvador Allende, ¿cuál podría ser, a su juicio, su mensaje o legado para la situación de hoy?

–Que sin unidad no se puede construir nada. Tiene que ser con unidad y con mucho sacrificio de todos los chilenos como se puede sacar a Chile de ➡



"En Salvador había humanidad, un sentido generoso hacia los seres humanos".

este pantano, de esta crisis tan seria. Será muy difícil salir adelante, porque han desmantelado el país, sus industrias están deshechas, sus maquinarias vendidas, es un país que está muy paralizado. Ud. que vive en Chile puede apreciar esto en forma más viva, pues a mí me cuesta imaginarme esta realidad. Ahí tiene Ud. la cesantía. La cifra que dan, 25% o 30%, es sólo un promedio, lo que significa que en muchos sectores el asunto es mucho más agudo.

—¿Figura también dentro de este legado la democracia?

—No me cabe la menor duda pues, por lo mismo que se perdió la democracia, mucha gente ha recapacitado y se ha dado cuenta de lo que teníamos, del valor de la democracia. Aunque ya haya una generación que casi no la ha conocido, creo que hoy la mayoría de los chilenos desea la democracia. Por lo demás, de todos modos los más jóvenes algo oyen al respecto y a través de las informaciones sobre lo que pasa en otras partes del mundo pueden llegar a la conclusión de que, con los defectos que pueda tener, la democracia sigue siendo el mejor régimen político que puede darse el pueblo.

—¿Dónde ubicaría, tomando en cuenta la visión de Salvador Allende, a las Fuerzas Armadas?

—Tienen que volver a sus cuarteles, pero también tienen que integrarse —cosa que Salvador trató de hacer— procurando que participen en algunas tareas del desarrollo nacional. Pero ha quedado probado que no sirven para gobernar. El peor error cometido por la dictadura consistió en entregarle la conducción económica a un sector de la derecha. Como los que tomaron el poder no entendían nada de economía hicieron eso. Y ese grupito hizo su propio negocio particular a costa del resto del país.

—Pero la responsabilidad política es del general Pinochet y de los Altos Mandos de las Fuerzas Armadas...

—Sí, pero todo el grupo de los Chicagos Boys merece ser juzgado.

—¿Son para Ud. los mayores responsables?

—No digo que sean los mayores responsables, pero han hundido económicamente al país con su política y están libres, gozan de perfecta salud y de todas sus riquezas.

—¿Intentó Allende salvar la situación a través del acuerdo con la oposición?

—Lo hizo muchas veces y logró acuerdos en muchas cosas. Incluso en los últimos meses, cuando las cosas estaban tan difíciles, Salvador quiso un diálogo con la Democracia Cristiana. Sé que comieron juntos él y Patricio Aylwin en casa del Cardenal. También se dirigió a Orlando Sáenz.

—¿Le temía a la guerra civil?

—Salvador buscó siempre evitar la guerra civil y todo derramamiento de sangre. El quedó muy marcado por la guerra civil española, que vivió muy de cerca a través del contacto con los refugiados. Tuvo bastante que ver con la traída de ese barco, el Winnipeg, con republicanos españoles, que organizó Neruda siendo Cónsul de Chile en España bajo el gobierno de don Pedro Aguirre Cerda. Salvador los recibió en el puerto de Valparaíso, siendo diputado por esa zona. El quería evitar un derramamiento de sangre en Chile y por eso le pidió ayuda a algunos opositores. Y cuando le negaban la ayuda les decía: "Se van a acordar de mí: mientras a mí me van a recordar y la historia me va a juzgar positivamente, Uds. van a quedar como las personas que no quisieron ayudar, pudiendo haber salvado la democracia". Esta es la pesadilla de las personas a las cuales Salvador les advirtió lo que iba a suceder.

—Pero hay muchas personas que han reconocido haber cometido errores...

—Sí, es cierto: hay personas que han tenido el valor moral de decir que se equivocaron, como Orlando Sáenz, por ejemplo. Pero estoy segura que muchas más deben recordar lo que hablaron con Salvador y lo que él quería, especialmente cuando se ha ahogado una democracia como la chilena, demandando un sacrificio en vidas humanas enorme. Su reconstrucción nunca será igual, porque ya todos hemos perdido mucho.

—Muchos creen que para salvar la democracia, Allende habría tenido que sacrificar la unidad de la izquierda, a menos que los partidos que la integraban hubiesen tenido la capacidad de posponer parte de sus posiciones...

—Bueno, Ud. sabe que no todos estaban de acuerdo. El propio Partido Socialista no entendió esto.

—Esto es lo que lleva a pensar a muchos que, cual más, cual menos, todos contribuímos a enterrar la democracia chilena, porque no previmos todo lo que iba a pasar si se destruía...

—Sí, pero a muchos les cabe responsabilidad mayor, como es el caso de los militares. ¡Qué manera de enterrar la democracia! ¿No?

—Y mirando hacia el futuro, ¿cómo podrían superarse las diferencias del pasado?

—Con unidad. Sin ella, no hay caso. Si salimos con rencores, con odios, no seríamos capaces de ponerle fin a la dictadura. La única forma de hacerlo es conseguir la más amplia unidad posible de todos los sectores democráticos. Y no me refiero sólo a los partidos, pues hay muchísima gente que no pertenece a un partido, no está afiliada. Los sigue, recibe su influencia, pero no se inscribe en ellos. Hay que llamar a todos. Como está ocurriendo hoy día, con un Pinochet aislado políticamente de la inmensa mayoría del país, sostenido sólo por las tres ramas de las Fuerzas Armadas, más los Carabineros y la CNI. ¿Qué otros apoyos tiene, aparte de un puñado de civiles de derecha, peleados, además, entre sí? Empresarios, agricultores, industriales, comerciantes, han vivido en carne propia lo que era realmente el modelo económico y han sido afectados en sus intereses. Una enorme cantidad de ellos está en quiebra.Por eso han reaccionado y ahora critican lo que antes celebraban. Ahora son en la práctica opositores al régimen. Eso llama mucho la atención. Han vuelto a sonar las cacerolas y se han oído en todo Santiago, incluído muy especialmente el barrio alto■

La vía allendista al socialismo

Jorge Arrate



Allende: Hacemos nuestra revolución sin costo social".

"Es este un tiempo inverosímil, que provee los medios materiales de realizar las utopías más generosas del pasado. Sólo nos impide lograrlo el peso de una herencia de codicias, de miedos y de tradiciones institucionales obsoletas. Entre nuestra época y la del hombre liberado en escala planetaria, lo que media es superar esta tendencia. Sólo así se podrá convocar a los hombres a reedificarse no como productos de un pasado de esclavitud y explotación, sino como realización consciente de sus más nobles potencialidades. Este es el ideal socialista" (Mensaje 71,216). En la constatación de "una abismal contradicción entre lo que el hombre contemporáneo es y lo que potencialmente está a su alcance" (Mensaje 72, 399), se asentaba la utopía personal de Salvador Allende. Su tarea vital fue "aquí y ahora, en Chile y en América Latina... desencadenar las energías creadoras, particularmente de la juventud, para misiones que nos conmuevan más que cualquier otra empresa en el pasado" (Mensaje 71, 215). La denominada "vía chilena al socialismo" constituyó la forma particular que Allende propuso para Chile como paso decisivo en el largo proceso de materialización de su proyecto histórico.

Durante la etapa culminante de su acción dirigente Allende tuvo clara conciencia de las dificultades gigantescas de la tarea planteada y de su significado internacional. "No existen experiencias anteriores que podamos usar como modelo, tenemos que desarrollar la teoría y la práctica de nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para la ruptura con el subdesarrollo como para la creación socialista" (Mensaje 71, 218). Romper con el subdesarrollo implica "deshacer esta estructura constrictiva, que sólo genera un crecimiento deformado. Pero simultáneamente es preciso edificar la nueva economía, de modo que suceda a la otra sin solución de continuidad" (Mensaje 71, 215). Es decir, no hay un modelo preestablecido que haga, quizá, más fácil recorrer la "vía chilena". Ese modelo inexistente debe ser sustituído por la invención y, al hacerlo, es preciso no sólo desmontar una estructura económica capitalista injusta e ineficaz, sino, al mismo tiempo, construir una nueva que, superando a la anterior, no produzca un quiebre en el funcionamiento de la economía y la sociedad. Para Allende las principales tareas están cruzadas por tensiones evidentes: **"institucionalizar la vía política hacia el socialismo, y lograrlo a partir de nuestra realidad presente, de sociedad agobiada por el atraso y la pobreza propios de la dependencia y del subdesarrollo"** (Mensaje 71, 214) y **"romper con los factores causantes del retardo y al mismo tiempo edificar una nueva estructura socioeconómica capaz de**

proveer a la prosperidad colectiva" (Mensaje 71, 214) que, sin embargo, no será evidente de inmediato, ya que "las ventajas del socialismo no surgen espectacularmente en las primeras etapas de su construcción" (Mensaje 71, 236). Resultado claro que, más allá de las dificultades coyunturales y de los cambios de la correlación de fuerzas, elementos a los que, sin duda, permaneció siempre atentísimo, Allende individualizó muy claramente los obstáculos que surgían, no sólo del cuadro político y de fuerzas sociales del momento, sino de la naturaleza misma de su proyecto social. Este era, por definición, más difícil que otros intentos que renunciaban a compatibilizar y a desarrollar simultáneamente valores que, en la mayor parte de los casos, la experiencia histórica presentaba como contrapuestos.

La magnitud y significado internacional de la tarea eran evidentes para Allende: **"Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista"** (Mensaje 71, 213) (1), **que Allende diferenciaba del basado en la "dictadura del proletariado"**. El día en que asume la Presidencia de la República, Allende exclama: "Digan que aquí la historia experimenta un nuevo giro" (Nov. 70, 52). Y, con palabras muy similares, reitera ante el Congreso Nacional, pocos meses después: "Este desafío despierta vivo interés más allá de las fronteras patrias. Todos saben, o intuyen, que aquí y ahora la historia empiezan a dar un nuevo giro..." (Mensaje 71, 213). El "nuevo giro" correspondía a la ocasión singular en que la sustitución del sistema capitalista por el socialista se realizaba a través de un sendero en que un proceso social caracterizado por acciones no violentas como medio principal constituía la transición de un sistema a otro que, a su vez, conservaba y desarrollaba aún más, durante y después de esa transición, las principales conquistas civiles del anterior, básicamente su naturaleza democrática y el respeto a la libertad individual y a los derechos del hombre.

Al cambio específico propuesto por Allende lo denominaré "vía allendista al socialismo". En la literatura, y en las expresiones del propio Allende, se le ha denominado de maneras muy diversas con el fin de, en cada caso, acentuar lo que se estimaba una característica sustantiva principal. Así, "vía chilena" acentúa el carácter nacional del camino elegido, en su sentido de singularidad, y corresponde a una preocupación por la problemática de las "vías nacionales" discutida en los últimos decenios en el movimiento obrero internacional. Las denominaciones **"vía pacífica" o "vía no armada"** colocan en el centro la forma de lucha dominante como factor definitorio. Con el fin de superar este unilateralismo en el ángulo de definición, algunos utilizan la denominación **"vía político–institucional"**. Los términos **"vía legal"**, **"vía constitucional"** o **"vía parlamentaria"** han tenido, en general, un sentido peyorativo en la literatura de izquierda. Su empleo acentúa, las más de las veces, algún aspecto considerado criticable, ya sea el excesivo apego legalista en ciertas etapas del proceso, ya sea el exagerado constitucionalismo o juridicismo que caracterizó algunos de los planteamientos de la Unidad Popular, ya sea el rol que en ciertas instancias –especialmente por parte de Allende antes de las elecciones de Marzo de 1973– se atribuyó a la mayoría parlamentaria. Aparte del valor que puedan tener en la polémica, ninguna de las tres denominaciones puede estimarse satisfactoria.

Allende utilizó en diversas oportunidades la expresión "vía democrática" que apunta a un aspecto más sustancial y que puede considerarse como haciendo referencia, tanto a la forma de lucha principal como a la forma de ejercicio del poder estatal. La expresión **"vía allendista al socialismo"** rescata, por una parte, lo específico y particular del intento y, por la otra, acentúa la existencia de una versión específicamente "de Allende", no necesariamente compartida en todas sus partes o en todos los momentos por las fuerzas políticas diversas que integraron la coalición popular entre 1970 y 1973 y, aún más, en diversas partes o momentos concretamente objetada en virtud de una concepción, modelo o vía que eran, en cuestiones esenciales, contrapuestos. Estas diferencias dieron lugar al surgimiento de una tensión en torno al proyecto mismo que sustentaba la Unidad Popular. No me refiero a aquellos aspectos programáticos específicos que adquirieron en ciertos momentos del proceso un perfil polémico, sino al marco general, a la matriz teórica y al cuadro estratégico que definían el proyecto histórico –en partes explícito, en partes implícito– que constituía la esencia de la propuesta de Allende. Esta tensión debe ser elemento central de cualquier análisis de la experiencia allendista, en la medida que desentrañar su contenido parece ser requisito esencial para el éxito de cualquier intento de rescatar, renovar y reedificar las bases políticas y orgánicas de la idea socialista en Chile.

El contenido básico de la **"vía allendista al socialismo"** puede hallarse en fuentes documentales precisas (2). Ellas son, con todo insuficientes y no exhaustivas. Deben ser consideradas en el marco de la práctica del conjunto del movimiento social y político de los trabajadores chilenos, especialmente de los avances registrados en los tres lustros que transcurren entre 1955 y 1970. Dicho proceso fue, como todo fenómeno efectivamente trascendente, a veces conflictivo y siempre complejo. De su estudio –que sobrepasa con mucho la ambición de estas páginas– se decantan, en último término nó sólo lo esencial de una concepción sino, al mismo tiempo, sus elementos internos de contradicción. Entre ellos parece esencial el desfase entre la teoría de la izquierda y su práctica política. Es en el primer plano –el de la teoría– donde no fructifica suficientemente una presentación coherente de la "vía allendista" que sea asumida por la generalidad del movimiento y es, en cambio, el plano donde germinan las principales refutaciones. El proce-

so a través del cual se hace praxis, es decir dialéctica ligazón de teoría y práctica, es bien accidentado y es en dichos accidentes donde es posible identificar los orígenes de su dramático fracaso.

La disputa en torno a la vía fue un tema recurrente en la historia política de la izquierda chilena. Los debates que adquirieron fuerza y generaron consecuencias durante el período 1970–1973 tenían como precedentes polémicas muy anteriores. En ellas Allende fue siempre uno de los protagonistas principales y su postura básica tuvo una notable invariabilidad. La **"vía allendista"** se construyó en un largo batallar que abarcó, por mencionar un índice de lo que eran siempre momentos definitivos en la política chilena, cuatro campañas presidenciales en las que Allende hizo llegar su mensaje a todos los rincones de Chile. Las polémicas sobre estrategia desarrolladas entre los Partidos Socialistas y Comunista, con su diversa apreciación sobre la extensión de las alianzas, la interpretación de la realidad social y económica de Chile y el rol de sus diversas clases, constituyeron el telón de fondo del proceso político de la izquierda. En la década de los sesenta Chile no fue una excepción al difundido impacto de las corrientes que preconizaban la lucha armada como el unico medio eficaz para superar la dominación capitalista imperial, alentadas por el significativo éxito de la experiencia revolucionaria cubana, de gestación autónoma y original. En el plano nacional adquirió fuerza la frustración, especialmente de sectores de la juventud, frente a las desviaciones **"electoralistas" y "parlamentaristas"** de los partidos históricos de la izquierda. Dos derrotas –en 1958 a manos de Alessandri y la derecha y en 1964 frente a democristianos, liberales y conservadores– parecían demostrar sin apelación la impotencia del esquema de avance planteado por Allende. No obstante, la **"vía allendista"** siguió vigente, en parte por su líder, en parte por su enraizamiento en la práctica de la masa socialista y de la izquierda, en parte porque la estrategia global definida por el Partido Comunista se avenía más a ella que a la alternativa opuesta, y en parte porque la propuesta de Allende no constituía un capricho de su tenaz voluntad política ni una inspiración genial de carácter personal. Había, como el propio Allende lo expresara más de una vez como Presidente, características propias de la sociedad chilena y sus actores que hacían de la vía allendista al socialismo quizás el único camino por el que podía transitar la izquierda con perspectivas relativamente próximas de éxito. En el pensamiento de Allende existían también elementos axiológicos que confirmaban la elección de vía.



La vía chilena al socialismo está centrada en el hombre, sus necesidades y sus aspiraciones.

La vía allendista obedecía, en primer lugar, a las especificidades de Chile. Allende, explícitamente, desechó toda aspiración a universalizar su experiencia en cuanto receta política o a proclamarla como ejemplo para la lucha en otros países de América Latina. Por el contrario, antes y después de ser elegido Presidente, en actos concretos, siempre expresó su espíritu internacionalista y su solidaridad con otras experiencias de transformación social, diversas a la chilena y apoyadas en medios diversos, sin por ello nunca abandonarse a la imitación o renunciar a mantener vigente la opción que, para Chile, le parecía más adecuada. La singularidad de Chile era básicamente su aptitud y vocación democráticas, históricamente comprobadas al menos relativamente a los demás países del continente. En tales condiciones Allende concebía la vía no violenta como la **"más acorde con nuestra idiosincracia, con nuestras tradiciones"** (Discursos, 11). Ya Presidente expresaba: **"Sin renunciar a sus metas revolucionarias, las fuerzas populares han sabido ajustar su actuación a la realidad concreta de las estructuras chilenas, contemplando los reveses y los éxitos, no como derrotas o victorias definitivas, sino como hitos en el duro y largo camino hacia la emancipación"** Nov. 70, 38). Y agregaba dos años después: **"Consecuentes con lo que han sido nuestra historia y tradición, estamos realizando esta transformación revolucionaria profundizando el régimen democrático, respetando el pluralismo de nuestra organización política, dentro del orden legal y con los instrumentos jurídicos que el país se ha dado, no sólo manteniendo sino ampliando las libertades cívicas y sociales, individuales y colectivas"** (UNCTAD, 283). La vía elegida poseía para Allende una característica esencial derivada de su enraizamiento con las tradiciones ➡

e "idiosincracia nacionales: proponía una cierta continuidad, no una ruptura absoluta con el pasado. Allende postulaba, en consecuencia, una determinada forma de enfocar la dialéctica destrucción– reconstrucción en virtud de la cual reconocía al pasado los derechos de la supervivencia. Quizá la más dramática expresión política de esta idea se encuentre en los primeros párrafos de su Primer Mensaje al Congreso Nacional: **"Tengo muy presente que aquí se debatieron y se fijaron las leyes que ordenaban la estructura agraria latifundista pero aquí también fueron derogadas instituciones obsoletas, para sentar las bases legales de la reforma agraria que estamos llevando a cabo. Las normas institucionales en que se basa la explotación extranjera de los recursos naturales de Chile fueron aquí establecidas. Pero este mismo Parlamento las revisa ahora para devolver a los chilenos lo que por derecho les pertenece"** (Mensaje 71, 79). Un año más tarde reitera su pensamiento ante el Congreso de manera más dura: **"Mi Gobierno mantiene que hay otro camino para el proceso revolucionario que no es la violenta destrucción del actual régimen institucional y constitucional"** (Mensaje 72, 341). En el marco de la vía allendista no es ésta una concesión graciosa a los adversarios o al pasado, ni una nostálgica venia a la tradición. En la formulación de Allende es explícito y reiterado el concepto sobre la paternidad del progreso democrático y del desarrollo de las libertades públicas: **"...el combate ininterrumpido de las clases populares organizadas, ha logrado imponer progresivamente el reconocimiento de las libertades civiles y sociales, públicas e individuales"** (Nov 70, 37). Más claramente aún, **"las libertades políticas son una conquista del pueblo en el penoso camino por su emancipación. Son parte de lo que hay de positivo en el período histórico que dejamos atrás. Y, por lo tanto, deben permanecer"** (Mensaje 1, 94). Este, entre otros que surgirán más adelante, constituye uno de los factores en que la definición de la vía allendista es claramente estratégica, es decir, constituye en sí misma un propósito sin cuyo cumplimiento el entero proyecto social que la vía promueve pierde su perfil o contenido. La vía allendista no es una maniobra circunstancial sino un elemento que al mismo tiempo agrega definición y sustancia al tipo de sociedad socialista que propone.

Para Allende, en consecuencia, la vía propuesta constituye el sendero obvio y necesario. Obvio en su sentido de correspondencia entre pasado y futuro, entre tradición y revolución, entre realidad y utopía. Pero también necesario en la medida que desde el ángulo político los fines perseguidos no eran impermeables a los medios que se utilizara para conseguirlos. En una larga referencia al sistema de partido único y a su carácter no indispensable para la sociedad socialista Allende expresaba: **"La guerra civil cuando es impuesta al pueblo como la única vía hacia la emancipación condena a la rigidez política"** (Nov 70, 45). No se trataba de rechazar en general tal posibilidad para todos los pueblos y todas las circunstancias. Pero en Chile era factible otro camino que tenía además la virtud de posibilitar que su resultado fuese algo nuevo, superior, nunca antes conocido. Ese camino sería **"construido a lo largo de nuestra experiencia, el consagrado por el pueblo en las elecciones, el señalado en el Programa de la Unidad Popular: el camino al socialismo en democracia, pluralismo y libertad... La Unidad Popular hace suyo este lema no como una consigna, sino como su vía natural"** (Nov 70, 44) (3).

No hay sino varias posibles definiciones de esta vía **"Más apropiada"** que Allende proponía a sus propias fuerzas y al país en general, dependiendo de los aspectos del complejo fenómeno que cada caracterización enfatiza. A veces se encuentra en los discursos de Allende la tendencia a definirla mediante el contrapunto entre opciones o el planteamiento de incompatibilidades aparentes. Así la expresión **"nuestro pueblo aspira legítimamente a recorrer la etapa de transición al socialismo sin tener que recurrir a formas autoritarias de gobierno"** contiene un contrapunto implícito: la vía Allendista es democrática, no requiere o no desea recurrir a prácticas autoritarias (Mensaje 71, 96). La vía allendista realiza su **"contribución mayor al desarrollo del régimen democrático en esta etapa de nuestra historia"** con su combate **"para abrir el camino de la democracia económica"** y **"conquistar las libertades sociales"**. **"Llevarlo a cabo simultáneamente con la defensa de las libertades públicas e individuales, y el desarrollo del principio de la legalidad, es el desafío histórico que todos los chilenos estamos enfrentando"** (mensaje 72, 394). En otras ocasiones Allende agrega elementos de definición a los ya surgidos, poniendo el acento no tanto en la forma de llevar a cabo la tarea sino en el fondo de la misma. Cuando asume la Presidencia precisa que lo hace para "orientar al país hacia una nueva sociedad, más humana, en que las metas últimas son la racionalización de la actividad económica, la progresiva socialización de los medios productivos y la superación de la división de clases (Nov. 70, 38). Y en su primer mensaje al Congreso define directamente **"la vía chilena al socialismo"** como **"un modelo nuevo de Estado, de economía y de sociedad, centrado en el hombre, sus necesidades y sus aspiraciones"** (Mensaje 71, 88). Quizá si para dejar constancia del carácter renovador de su propósito Allende agrega de inmediato: **"Para eso es preciso el coraje de los que osaron repensar el mundo como un proyecto al servicio del hombre"** (mensaje 71, 88).

De los elementos que van surgiendo en la definición hay a lo menos tres que requieren un examen particular a la luz del pensamiento de Allende.

Uno es el problema de la mayoría. Allende asume la Presidencia de la República con sólo un 36 por ciento de los votos, aunque en Abril de 1971 los partidos de la Unidad Popular totalizan el 50% de la votación nacional. Desde el inicio Allende enfatiza siempre la ➡



Pese a su acogida en el mundo, Allende desechó toda aspiración a universalizar su experiencia.

necesidad de desarrollar en torno a su proyecto un consenso democrático mayoritario. Hay detrás de esta convicción una actitud de principio: **"La revolución es un cambio profundo, es la transformación del sistema, es abrir paso a las grandes mayorías..."** (Congreso de Colombia, 176), y también la constatación de un requisito para el éxito: "**El triunfo popular marcó la madurez de la conciencia de un sector de nuestra ciudadanía. Necesitamos que esa conciencia se desarrolle aún más. Ella debe florecer en miles y miles de chilenos que si bien no estuvieron junto a nosotros son una parte del proceso, están resueltos a incorporarse a la gran tarea de edificar una nueva nación con una nueva moral**" (Nov 70, 46). "**Cuando yo hablo de ampliar el poder político, pienso que más allá de los límites de laUnidad Popular hay miles de ciudadanos que pueden estar junto a nosotros, hay cientos y miles sin domicilio político, hay otros que teniéndolo, no pueden olvidar ni los principios, ni las ideas, y por eso yo los llamo fraternalmente, limpiamente, a trabajar por el Chile nuevo y por la patria mejor que queremos para todos los chilenos**" (Día del Trabajo 71, 62) "**Es la tarea imperiosa de las fuerzas populares convencer, mediante la acción revolucionaria, el ejemplo y la eficacia, a las grandes mayorías del pueblo, del sentido y razón de ser de la revolución**" (Informe PS, 271– 272).

Un segundo aspecto que surge en las caracterizaciones de la vía allendista al socialismo es el referido a la violencia. Reiteradamente –y queda claro en muchas de las citas anteriores– Allende define su proyecto como democrático, no violento, no autoritario y no represivo. Se ha señalado que existe en el pensamiento de Allende una preferencia no puramente táctica respecto a la vía. Así, precisamente, el carácter no violento de la vía es clara y reiteradamente apreciado y destacado como un valor en sí mismo. En muchas ocasiones durante los tres años de gobierno de Allende recurre a la idea del "menor costo social": "**Chile inicia su marcha hacia el socialismo sin haber sufrido la trágica experiencia de una guerra fraticida. Y este hecho, con toda su grandeza, condiciona la vía que seguirá este Gobierno en su obra transformadora**" (Nov 70, 39). "**Quiero reiterar que, por primera vez en la historia un pueblo conscientemente ha buscado el camino de la revolución, con el menor costo social**" (Día del Trabajo 71, 57). "**Y conste que hemos hecho nuestra revolución sin costo social. Puedo decir que no hay en el mundo un país que haya emprendido el camino revolucionario con el costo social que lo han hecho ustedes, el Gobierno del pueblo, que lo hemos hecho juntos, y eso tiene un gran valor en vidas humanas y en la propia economía del país**" (Nov 71, 210). Tiempo más tarde Allende advierte frente a las posibilidades de desviarse de la vía elegida: "**Eso sería un salto en el vacío... Pero también someter al país, y principalmente al pueblo, a la pérdida de vidas, así como de fuentes de trabajo y bienestar que necesita**" (Mensaje 72, 344).

En tercer lugar, es necesario precisar, sin embargo, que Allende no tuvo ni preconizó nunca una actitud "pacifista" o no violentista absoluta. Valorizando el carácter no violento de la vía propuesta, el ahorro de dolor y sufrimiento que ofrecía para la obra de construcción socialista, entendía claramente también que el proceso intentado, cuyas dificultades y singulares obstáculos siempre destacó, podía seguir un curso diverso. Dicha conciencia tendió a hacerse cada vez más patente –y lo prueba la lectura comparada de sus tres Mensajes al Congreso– a medida que el conflicto social y político se agudizaba y la amenaza de la violencia reaccionaria se hacía más inmediata. La prevención frente a esta eventualidad fue un elemento permanente en sus discursos e intervenciones públicas. "No se puede destacar que la escalada contra el régimen institucional llegue a provocar las condiciones de la ruptura violenta. El Gobierno y los trabajadores organizados están conscientes de ello, dispuestos a asumir el papel que les corresponde" (Mensaje 72, 345), expresaba a mediados de 1972. La idea fue reiterada en innumerables ocasiones.

Sobre estos aspectos, en consecuencia, parece válido sostener que para la vía allendista su carácter incruento tiene una significación esencial porque la violencia, si bien no se descarta como posibilidad a veces más evidente, se concibe como una necesidad desafortunada, no como una eventualidad deseable o como un elemento positivo.

Allende entrega importantes elementos de definición de su pro-

puesta estratégica al confrontarla con la teoría revolucionaria y con las experiencias anteriores de construcción socialista. El único tratamiento principalmente teórico de determinados problemas es el polémico Informe de Allende al Pleno Nacional del Partido Socialista de Chile de Marzo de 1972, en el que enfoca el problema del carácter del Estado y discute la tesis de la necesaria destrucción previa del Estado capitalista para reemplazarlo por uno socialista. En sus otras intervenciones se encuentran, sin embargo, numerosas referencias a cuestiones de significación teórica. No abundaré aquí en el rol de primera importancia, como determinante de los comportamientos políticos, que tuvo la teoría marxista –una deteminada forma de asumirla: el "marxismo–leninismo"– en el proceso chileno. La izquierda chilena y sus partidos han tenido como característica histórica un elevado grado de ideologización. A diferencia de otros países de América Latina donde grandes movimientos o partidos se construyeron sobre la base de consignas básicas de contenido nacionalista, populista o antiimperialista, a veces de un exagerado simplismo, la izquierda en Chile alcanzó, en algunos casos, un grado bastante superior de elaboración política o, en otros, al menos la asunción de determinados esquemas teóricos globales. Los conceptos básicos que formaban parte esencial de la "vía allendista" no guardaban muchas veces una clara correspondencia con el "sentido común teórico" de la dirigencia izquierdista y de parte significativa de las bases. La formulación de la vía allendista constituyó una lucha ideológica que Allende prosiguió necesariamente una vez Presidente. En su discurso de asunción expresó: **"Desde el punto de vista teórico doctrinal, como socialistas que somos, tenemos muy presentes cuales son las fuerzas y los agentes del cambio histórico. Y, personalmente, sé** muy bien, para decirlo en los términos textuales de Engels, que: 'Puede concebirse la evolución pacífica de la vieja **sociedad hacia la nueva, en los países donde la representación popular concentra en ella todo el poder, donde de acuerdo a la Constitución, se puede hacer lo que se desee, desde el momento en que se tiene tras de sí a la mayoría de la nación".** Y este es nuestro Chile. Aquí se cumple, por fin, la anticipación de Engels'" (Nov. 70, 38-39). Allende tenía conciencia, es claro, que la condición establecida por Engels (tener "tras de sí a la mayoría de la nación") debía ser garantizada día a día. Es en este marco donde asumen mayor relevancia teórica y política sus permanentes referencias, ya citadas, a la necesidad de obtener el apoyo de las mayorías. El desarrollo del proceso recién iniciado requiere según Allende de una prevención permanente frente al reformismo y al maximalismo: **"Si olvidáramos que nuestra misión es establecer un proyecto social para el hombre, toda la lucha de nuestro pueblo por el socialismo se convertiría en un intento reformista más. Si olvidásemos las condiciones concretas de que partimos, pretendiendo crear aquí y ahora algo que excede nuestras posibilidades, también fracasaríamos"** (Mensaje 71, 88).

Un tema teórico que suscita la reiterada preocupación de Allende es el de la destrucción del Estado. Por cierto el desarrollo de la vía alllendista –y para este efecto el término **"político–institucional"** resulta adecuado– requiere de una óptica diversa en relación con la confrontación entre el viejo y el nuevo Estado. Continuidad y ruptura se relacionan de una manera más compleja. **"Queremos que cada trabajador comprenda que la teoría revolucionaria establece que no se destruye absoluta y totalmente un régimen o un sistema para construir otro, se toma lo positivo para superarlo, para utilizar esas conquistas y ampliarlas"** (Día del Trabajo 71, 56–57). Con más precisión y claridad: **"No está en la destrucción,. en la quiebra violenta del aparato estatal el camino que la revolución chilena tiene por delante. El camino que el pueblo chileno ha abierto, él mismo, a lo largo de varias generaciones de lucha, le lleva en estos momentos a aprovechar las condiciones creadas por nuestra historia para reemplazar el vigente régimen institucional, de fundamento capitalista, por otro distinto, que se adecúe a la nueva realidad social de Chile. Se trata sí, de transformar el aparato burocrático, el aparato del Estado como totalidad, la propia Carta Fundamental, en su sentido de clase, y también, en sus manifestaciones institucionales individualmente consideradas"** (Informe PS, 262-263). Y agrega: **"La cuestión teórica que ello plantea reposa en un supuesto que aparece evocado en el Informe Político: el de si la institucionalidad actual puede o no negarse a sí misma, destruirse a sí misma, abriendo paso a un nuevo régimen institucional. Para responder a esta cuestión se requiere previamente, tener en cuenta dos factores. En primer lugar, si el régimen institucional es o no abierto al cambio. En segundo lugar, qué fuerzas sociales están detrás del régimen institucional, dándole su fortaleza. Ambos factores se corresponden el uno al otro, ya que sólo si el aparato del Estado no es infranqueable a las fuerzas sociales populares puede concebirse que la institucionalidad sea suficientemente flexible para tolerar las transformaciones estructurales sin que ella estalle automáticamente"** (Informe PS, 263). Y, con explícita intención polémica: **"Los militantes del Partido Socialista deben ser conscientes de que contrariamente a lo que el Informe Político sostiene, el camino más corto hacia las transformaciones cualitativas del sistema político actual no pasa forzosamente por la quiebra y la destrucción de la constitucionalidad vigente. Este es un profundo error"** (Informe PS, 271). La vía allendista, de esta manera, reconoce como una de sus bases la existencia de un determinado grado de autonomía del Estado en relación con sus determinantes de clases. **"Es cierto que un régimen institucional es el producto de un orden social determinado, pero lo institucional no sólo encuentra su sentido de**



Camino hacia el socialismo es en democracia, pluralismo y libertad.

clase en su génesis histórica, sino sobre todo, en la fuerza social que en un momento concreto y específico informa su funcionamiento, lo está utilizando y orientando" (Informe PS, 259). No puede confundirse el "**contenido de clase de la institucionalidad**" con su "**origen histórico**". Esta "**es una posición tajante que, al ser formulada en forma absoluta, niega o desconoce la sutil complejidad del problema**" (Informe PS, 259).

Para Allende la revolución chilena es un hecho singular, único, una herejía de la vida en el mundo actual. Por eso reclama para ella una gran autonomía y postula realizar "**nuestra revolución sin mentores ni tutores...**" (Nov. 71, 210). "**Ahí está Martí, un latinoamericano, allá está Lenin, el padre de la revolución, y aquí estamos nosotros transitando el camino de Chile, de acuerdo con su historia...**" (Nov. 71, 210). La autonomía no es sólo una actitud política a reflejar en una política internacional no alineada y de solidaridad activa, sino también una autonomía teórica. Tampoco hay tutores en la teoría: "...**tenemos que desarrollar la teoría y la práctica de nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para la ruptura con el subdesarrollo como para la "creación socialista"** (Mensaje 71, 88) Esas formas de organización nuevas (4) han de ser diversas de las conocidas hasta ahora en otras experiencias socialistas. Sin mencionar específicamente a la Unión Soviética, Allende se refiere evidentemente a la revolución de Octubre y a las experiencias de Europa del Este cuando expresa: "**Los teóricos del marxismo nunca han pretendido, ni la historia demuestra, que un partido único sea una necesidad en el proceso de transición hacia el socialismo. Son circunstancias sociales, son vicisitudes políticas internas e internacionales las que pueden conducir a esta situación. La guerra civil, cuando es impuesta al pueblo como única vía hacia la emancipación condena a la rigidez política. La intervención foránea, en su afán de mantener a cualquier precio su dominación, hace autoritario el ejercicio del Poder. La miseria y el atraso generalizado dificultan el dinamismo de las instituciones políticas y el fortalecimiento de las organizaciones populares. En la medida que en Chile no se dan estos factores, nuestro país a partir de sus tradiciones, dispondrá y creará mecanismos que, dentro del pluralismo apoyado en las grandes mayorías, hagan posible la transformación radical de nuestro sistema político. Este es el gran legado de nuestra historia. Y es también la promesa más generosa para nuestro futuro. De nosotros depende que sea un día realidad**" Nov. 70, 45). En su primer Mensaje la referencia al denominado "**socialismo real**" es explícita: "**Las circunstancias de Rusia en el año 17 y de Chile en el presente son muy distintas. Sin embargo, el desafío histórico es semejante. La Rusia del año 17 tomó las decisiones que más afectaron a la historia contemporánea... Allí se aceptó el reto y se edificó una de las formas de construcción de la sociedad socialista que es la dictadura del proletariado. Hoy nadie duda que, por esta vía, naciones con gran masa de población pueden, en períodos relativamente breves, romper con el atraso y ponerse a la altura de la civilización de nuestro tiempo. Los ejemplos de la URSS y de la República Popular China son elo-**

cuentes por sí mismos. Como Rusia entonces, Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada. Los pensadores sociales han supuesto que los primeros en recorrerla serían naciones más desarrolladas, probablemente Italia y Francia, con sus poderosos partidos obreros de definición marxista. Sin embargo, una vez más, la Historia permite romper con el pasado y construir un nuevo modelo de sociedad, no sólo donde teóricamente era más previsible, sino donde se crearon condiciones concretas más favorables para su logro. Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista... Por mi parte, estoy seguro de que tendremos la energía y la capacidad necesarias para llevar adelante nuestro esfuerzo, modelando la primera sociedad socialista edificada según un modelo democrático, pluralista y libertario" (Mensaje 71, 81-82).

Hasta aquí una imagen sintética y global de la forma como su propio autor definía la vía allendista al socialismo y el proyecto social a ella asociado. El repaso, a trece años de su momento de gloria y triunfo y a diez de aquel de su derrota, resulta útil para constatar una vez más su carácter profundamente creativo y original, su realismo y al mismo tiempo su "utopismo", su fuerza y su fascinante atractivo. Sirve además para constatar un hecho no siempre suficientemente enfatizado sobre Salvador Allende: la notable coherencia de su discurso político y su acción práctica. Allende se jugó por entero, cerebro y corazón, espíritu y acción, por la **"vía chilena"**. Creía firmemente en sus propias palabras, sentía una identidad plena, casi pasional, con sus propios proyectos. Quizá fuera esa la razón principal de su fuerza. Sólo quien tiene un soporte moral de esa categoría puede vivir sus minutos postreros como Allende los vivió.

Contrariamente a lo que ocurre con las cosas triviales Allende, que fue todo trascendencia, será un recuerdo que en vez de borrarse por la acción del tiempo se irá agigantando, indeleble, en la conciencia del pueblo. Su muerte dió más vitalidad a las ideas por las que luchó. Por eso ellas sobreviven en la memoria histórica de Chile■

REFERENCIAS:

(1) La utilización del término "modelo" en la frase anterior no debe ser interpretada como un aval a la aceptación de "prescripciones" para la construcción del socialismo. Concordado con otras expresiones de Allende el término está utilizado en referencia a la existencia de más de una forma de acceso al socialismo discutida por los clásicos del marxismo.

(2) Los paréntesis en el texto están referidos a Salvador Allende, *Discursos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975. Los documentos más utilizados son los siguientes:

Nov. 70: Discurso en el Estadio Nacional, 5 de Noviembre de 1970.

Día del Trabajo 71: Discurso en el Día Internacional del Trabajo 1 de Mayo de 1971.

Mensaje 71: Primer Mensaje al Congreso Pleno, 21 de Mayo de 1971.

Congreso de Colombia: Discurso en el Congreso de Colombia, 30 de Agosto de 1971.

Nov. 71: Discurso en el Estadio Nacional en la celebración del Primer Aniversario del Gobierno, 4 de Noviembre de 1971.

Informe PS: Informe al Pleno Nacional del Partido Socialista, 18 de Marzo de 1972.

UNCTAD: Discurso ante la Tercera Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo, 13 de Abril de 1972.

Mensaje 72: Segundo Mensaje al Congreso Pleno, 21 de Mayo de 1972.

Citas de otros documentos han sido identificadas simplemente como "Discursos". Los números dentro del paréntesis indican la página del libro citado.

Otros documentos considerados aparecen en *Salvador Allende (1908-1973), Prócer de la Liberación Nacional*, antología preparada por Alejandro Witker, Universidad Autónoma de México, México, 1980, y en diversas ediciones de discursos, entrevistas y textos de Salvador Allende.

(3) La exégesis literal de los escritos de Allende, la gran mayoría discursos políticos, muchos de ellos improvisados, parcialmente improvisados o corregidos sobre la marcha al calor de la oratoria, resulta, como método, poco útil. Si bien no referida explícitamente al texto recién citado he encontrado en la literatura una mención crítica al concepto de *"vía natural"* en Jorge Insunza, "La dialéctica de las vías revolucionarias", *Revista Internacional*, 5, 1977, Praga, p p.58-64. Sería a mi juicio equivocado atribuir al término usado por Allende otro contenido que no fuera el apropiado al texto general de su discurso. Nada de *"naturalista"* o de *"positivista"* podría descubrirse en él y, por tanto, "vía natural" en el texto citado debe ser considerada un simple sinónimo de obvio, evidente, coherente, apropiado, etc. La asunción de la vía por Allende consistió, por una parte, en el reconocimiento de la realidad concreta en un período histórico determinado, y, por otra, en la valorización de los méritos y virtudes de la vía para garantizar la no deformación de los principales objetivos del proyecto.

(4) En uno de sus textos Allende denomina "República del pueblo trabajador" a la forma político-institucional que habrá de concretar la vía allendista (Nov. 70, 35). Imposible evitar la asociación con la fórmula de la "República Democrática de Trabajadores" postulada por el Partido Socialista de Chile en su Programa de 1947, aún no modificado. Es notorio en los textos de Allende su preferencia sistemática por el término "trabajadores" que por el de "obreros" o "clase obrera". Hay –parece obvio– una intención de mayor amplitud y alcance. Igual motivación habrían tenido Eugenio González y sus colaboradores en la redacción del Programa de 1947, cuando sustituyeron el término "proletariado" por "trabajadores" y el término "dictadura" por el de "república democrática".

DIJO ALLENDE:

NUESTRA MADUREZ POLITICA

Sin precedente en el mundo, Chile acaba de dar una prueba extraordinaria de desarrollo político, haciendo posible que un movimiento anticapitalista asuma el poder por el libre ejercicio de los derechos ciudadanos. Lo asume para orientar al país hacia una nueva sociedad, más humana, en que las metas últimas son la racionalización de la actividad económica, la progresiva socialización de los medios productivos y la superación de la división de clases.

Desde el punto de vista teórico-doctrinal, como socialistas que somos, tenemos muy presente cuáles son las fuerzas y los agentes del cambio político. Y, personalmente, sé muy bien, para decirlo en los términos textuales de Engels, que:

"Puede concebirse la evolución pacífica de la vieja sociedad hacia la nueva, en los países donde la representación popular concentra en ella todo el poder, donde, de acuerdo con la Constitución, se puede hacer lo que se desee, desde el momento en que se tiene tras de si a la mayoría de la nación".

Y este es nuestro Chile. Aquí se cumple, por fin, la anticipación de Engels. Sin embargo, es importante recordar que en los sesenta días que han seguido a los comicios del 4 de septiembre, el vigor democrático de nuestro país ha sido sometido a la más dura prueba por la que jamás haya atravesado.

Tras una dramática sucesión de acontecimientos, ha prevalecido de nuevo nuestra característica dominante: la confrontación de las diferencias por la vía política.

El Partido Demócrata Cristiano ha sido consciente del momento histórico y de sus obligaciones para con el país, lo que merece ser destacado.

Chile inicia su marcha hacia el socialismo sin haber sufrido la trágica experiencia de una guerra fraticida. Y este hecho, con toda su grandeza condiciona la vía que seguirá este Gobierno en su obra transformadora.

La voluntad popular nos legitima en nuestra tarea. Mi Gobierno responderá a esta confianza haciendo real y concreta la tradición democrática de nuestro pueblo." **(Discurso en el Estadio Nacional, 5 de noviembre de 1970).**

EL CAMINO AL SOCIALISMO EN DEMOCRACIA PLURALISMO Y LIBERTAD

"¿Cuál será nuestra vía, nuestro camino chileno de acción para triunfar sobre el subdesarrollo?

Nuestro camino será aquel construido a lo largo de nuestra experiencia, el consagrado por el pueblo en las elecciones, el señalado Programa de la Unidad Popular:

El camino al socialismo en democracia.

Pluralismo y libertad.

Chile reúne las condiciones fundamentales que, utilizadas con prudencia y flexibilidad, permitirán edificar la sociedad nueva, basada en la nueva economía. La Unidad Popular hace suyo este lema no como una consigna, sino como su vía natural.

Chile, en su singularidad, cuenta con instituciones sociales y políticas necesarias para materializar la transición del atraso y de la dependencia, al desarrollo y a la autonomía, por la vía socialista. La Unidad Popular es constitutivamente el exponente de esta realidad.

Que nadie se llame a engaño. Los teóricos del marxismo nunca han pretendido, ni la Historia demuestra, que un partido único sea una NECESIDAD en el proceso de transición hacia el socialismo.

Son circunstancias sociales; son vicisitudes políticas internas e internacionales las que pueden conducir a esta situación:

La guerra civil, cuando es impuesta al pueblo como única vía hacia la emancipación, condena hacia la rigidez política.

La intervención foránea, en su afán de mantener a cualquier precio su dominación, hace autoritario el ejercicio del poder.

La miseria y el atraso generalizado dificultan el dinamismo de las instituciones política y el fortalecimiento de las organizaciones populares.

En la medida que en Chile no se dan, o no se den estos factores, nuestro país, a partir de sus tradiciones, dispondrá y creará los mecanismos que, dentro del pluralismo apoyado en las grandes mayorías, hagan posible la transformación radical de nuestro sistema político. Este es el gran legado de nuestra historia. Y es también la promesa más generosa para nuestro futuro. De nosotros depende que sea un día realidad". **(Discurso en el Estadio Nacional, 5 de noviembre de 1970).**

LA VIA CHILENA

"Nuestra vía chilena será también la de la igualdad.

–Igualdad para superar progresivamente la división entre los chilenos que explotan y los chilenos que son explotados.

–Igualdad para que cada uno participe de la riqueza común de acuerdo con su trabajo y de modo suficiente para sus necesidades.

–Igualdad para reducir las enormes diferencias de remuneración por las mismas actividades laborales.

–La igualdad es imprescindible para reconocer a todo hombre la dignidad y el respeto que debe exigir.

Dentro de estas directrices, fieles a estos principios, avanzaremos hacia la construcción de un nuevo sistema.

La nueva economía que edificaremos tiene como objetivo rescatar los recursos de Chile para el pueblo chileno. Así como los monopolios serán expropiados porque lo exige el interés superior del país, por la misma razón aseguramos totales garantías para las empresas medianas y pequeñas que contarán con la íntegra colaboración del Estado para el buen desarrollo de sus actividades.

El Gobierno Popular tiene ya elaborados los proyectos de ley que permitirán el cumplimiento del Programa.

Los trabajadores, obreros, empleados, técnicos, profesionales e intelectuales tendrán la dirección económica del país y también la dirección política.

Por primera vez en nuestra historia, cuatro obreros forman parte del Gobierno como Ministros de Estado.

Sólo avanzando por esta vía de transformaciones esenciales, en el sistema económico y en el sistema político, nos acercaremos cada día más al ideal que orienta nuestra acción". **(Discurso en el Estadio Nacional, 5 de noviembre de 1970).**

LA POLITICA INTERNACIONAL

"Nuestra política internacional está hoy basada, como lo estuvo ayer, en el respeto a los compromisos internacionales libremente asumidos, en la autodeterminación y en la no intervención.

Colaboraremos resueltamente al fortalecimiento de la paz, a la coexistencia de los Estados.

Cada pueblo tiene el derecho a desarrollarse libremente, marchando por el camino que ha elegido.

Pero bien sabemos que, por desventura, como claramente denunció Indira Gandhi en las Naciones Unidas:

"El derecho de los pueblos a elegir su propia forma de gobierno se acepta sólo sobre el papel. En lo real –afirma Indira Gandhi– existe una considerable intromisión en los asuntos internos de muchos países. Los poderosos hacen sentir su influencia de mil maneras".

Chile, que respeta la autodeterminación y practica la no intervención, puede legítimamente exigir de cualquier gobierno que actúe hacia él en la misma forma.

El pueblo de Chile reconoce en sí mismo al único dueño de su propio destino. Y el Gobierno de la Unidad Popular, sin la menor debilidad, velará para asegurar este derecho". **(Discurso en el Estadio Nacional, 5 de noviembre de 1970)**■

"SE ABRIRAN LAS GRANDES ALAMEDAS"

"**Compatriotas**: *es posible que silencien las radios, y me despido de ustedes. Quizás sea ésta la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de radio Portales y radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura, sino decepción y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron, soldados de Chile, comandantes en jefes titulares, el Almirante Merino, que se ha autoproclamado, el general Mendoza, general rastrero que sólo ayer manifestara su solidaridad, también se ha denominado Director General de Carabineros.*

Ante estos hechos sólo me cabe decirles a los trabajadores: yo no voy a renunciar. Colocado en un trance histórico pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente. En nombre de los más sagrados intereses del pueblo, en nombre de la patria, los llamo a ustedes para decirles que tengan fe. La historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen. Esta es una etapa que será superada. Este es un momento duro y difícil; es posible que nos aplasten. Pero el mañana será del pueblo, será de los trabajadores. La humanidad avanza para la conquista de una vida mejor.

Trabajadores de mi patria: quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra en que respetaría la constitución y la ley, y así lo hizo.

Es éste el momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes. Pero que aprovechen la lección. El capital foráneo, el imperialismo unido a la reacción, creó el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que señaló Schneider y reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas esperando con mano ajena conquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios. Me dirijo, sobre todo, a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la obrera que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. Me dirijo a los profesionales de la patria, a los profesionales patriotas, a los que hace días están trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase para defender también las ventajas de una sociedad capitalista.

Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha, me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente, en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las vías férreas, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos, frente al silencio de los que tenían la obligación de proceder. Estaban comprometidos. La historia los juzgará.

Seguramente radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa, me seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes, por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal con la patria. El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco debe humillarse.

Trabajadores de mi patria, tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile, viva el pueblo, vivan los trabajadores!

Estas son mis últimas palabras, teniendo la certeza de que el sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que, por lo menos, habrá una sanción moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición".

Presidente del Directorio: Fernando Castillo Velasco. **Director**: Juan Pablo Cárdenas. **Editor**: Otto Boye. **Producción**: Margarita Cea. **Diseño Gráfico**: Rodrigo Squella.